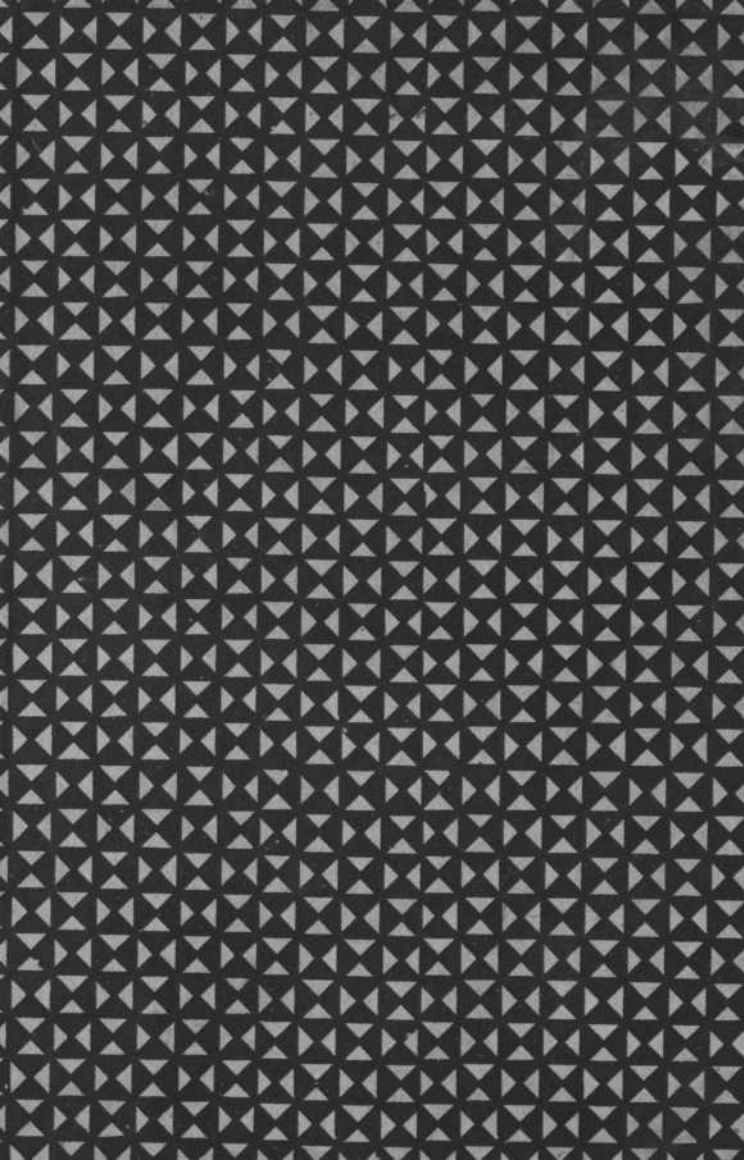
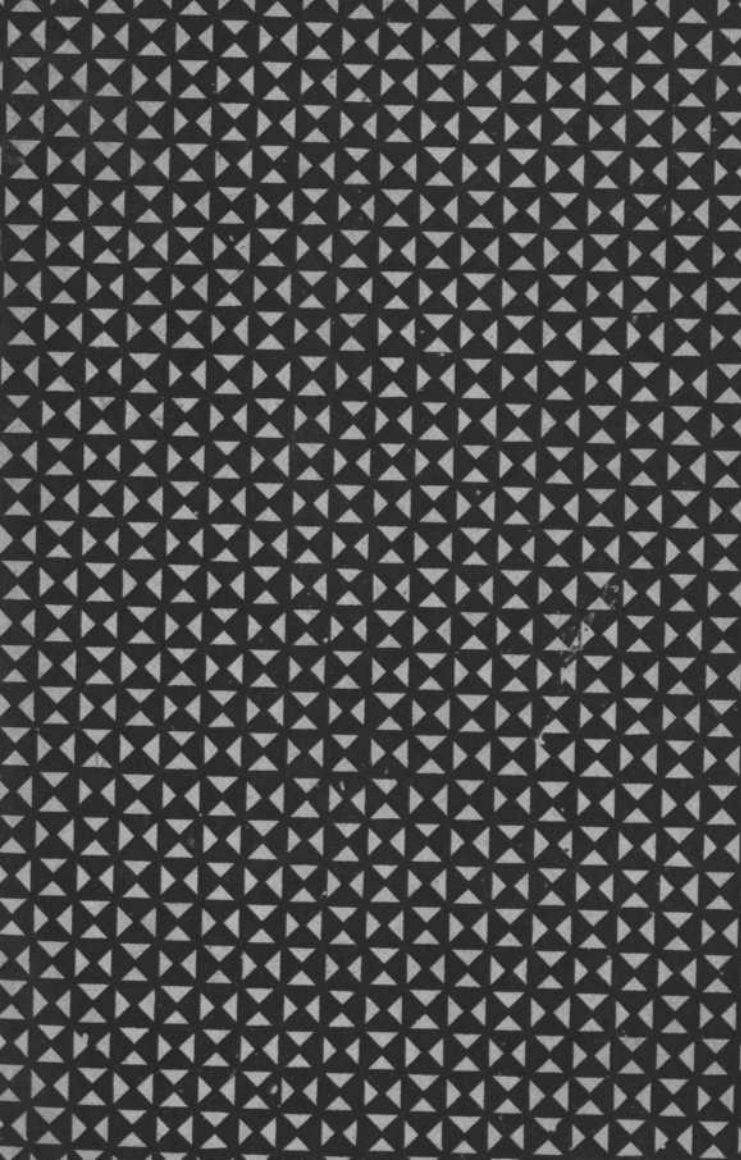


EL  
DO  
HE  
TOL







T. 1273564 C.



D6  
C011

El Marido

El Padre

El Apóstol

## ARZOBISPADO DE VALLADOLID

---

*Habiendo sido examinada de nuestra orden la obra manuscrita titulada EL MARIDO: EL PADRE: EL APÓSTOL:—Instrucciones á los hombres de mundo, predicadas por el Superior de los misioneros diocesanos de París, y traducida al Español por la señora D.<sup>a</sup> Maria del Cármen Pimentel, y resultando de la censura, que no contiene cosa alguna contraria á los dogmas católicos y sana moral, antes por el contrario la traductora merece grandes elogios por el bien que ha de reportar á la sociedad, por el presente damos nuestra licencia para su impresión y publicación y mandamos que se remitan dos ejemplares de dicha obra á nuestra Secretaria de Cámara.*

*Lo decretó mandó y firma S. E. I. el Arzobispo mi Señor de que certifico,*

† EL ARZOBISPO,

Por mandato de S. E. I. el Arzobispo mi Señor,

*Dt. Luis Blanco.*



*M.<sup>a</sup> del Carmen Pimentel*

---

El Marido

El Padre

El Apóstol

INSTRUCCIONES A LOS HOMBRES DE MUNDO

PREDICADAS POR EL SUPERIOR  
DE LOS MISIONEROS DIOCESANOS DE PARIS

---

Traducción del Francés.

---

VALLADOLID  
TIPOGRAFÍA DE CUESTA  
*Macías Picavea, 38 y 40.*

1902

R. 165078

# INDICE

---

## EL MARIDO

	<u>Págs.</u>
Sus deberes. . . . .	3

## EL PADRE

Su grandeza y sus deberes. . . . .	51
------------------------------------	----

## EL APÓSTOL

### I

De la obligación de ser Apóstol demostrada por la condenación del inútil. . . . .	99
-----------------------------------------------------------------------------------	----

### II

Sus deberes en la sociedad moderna.	137
-------------------------------------	-----



## A. M. D. G.

---

*Por todas partes y muy especialmente entre los hombres, se nota un señaladisimo movimiento hácia la Religión. La sociedad moderna tiene sed de las verdades eternas, y Vos Señor, con Paternal bondad é infinita sabiduria la dotais de almas previlegiadas por su virtud y ciencia para que al explicar vuestra divina palabra, sepan también derramar en los corazones la paz y el reposo que tan afanosamente busca en las cosas terrenales, sin comprender ¡Dios mio! que lo destinado á perecer no es capaz de llenar el corazón del hombre y que únicamente en Vos encontrará la felicidad á que incesantemente aspira.*

*A este objeto responden las tres conferencias que siguen, dadas en San Felipe de Roule, por el Reverendo Padre Gibergues y aunque, ciertamente, no faltan á los españoles, libros y discursos en los que poder saborear las verdades de nuestra augusta Religión, (pues diríamos, Señor, que os habeis complacido en llenar la historia de esta nación con los gloriosos nombres de vuestros sabios y Santos predicadores); pero siendo tan relevante el mérito y tan persuasiva la elocuencia de Mr. Gibergues al pintar los deberes del hombre que por razón de su estado ha de vivir en el mundo, nos atrevemos á esperar que con este pequeño trabajo produciremos algún bien á la sociedad.*

*Benedicid, Señor, estas páginas para que al leerlas, los buenos se afirmen en el bien y progresen en la virtud, y los que no lo fueren, entren en sí mismos, dándose á la práctica de la moral cristiana, sin la cual no hay para*

*el hombre ni paz ni fuerza ni verdadera grandeza. Bendecidlas, Señor, y bendecidlas de un modo muy especial en manos de las personas que componen mi familia, para que al hojearlas queden sus almas impregnadas del delicado aroma que el Reverendo Padre Gibergues ha sabido imprimir en ellas; y haciéndoles así gustar la suavidad de vuestra doctrina y afirmándose sus creencias, sean buenos hijos, buenos padres y excelentes patricios.*

*M.<sup>a</sup> del Carmen Pimentel.*





EL MARIDO



# EL MARIDO

## SUS DEBERES

*Sacramentum hoc magnum est,  
ego autem dico in Christo et in  
Ecclesia.*

Este Sacramento es grande,  
yo lo digo en Cristo y en su  
Iglesia.

*Epístola á los Efesios, V. 32.*

### SEÑORES:.

Si quisiéramos remontarnos al origen de las decadencias y prosperidades que vemos sucederse en la historia de los pueblos, sería menester ir hasta la misma familia.

La familia, base y fundamento de la Sociedad, es el terreno sagrado de donde nacen las esperanzas humanas. Es la cuna donde se preparan y por decirlo así, se deciden los destinos sociales, la suerte de la

Iglesia y de las almas, la gloria de Dios y las grandezas de la patria.

La familia no es solamente una institución humana. Creación del eterno amor, es de institución divina, pues es el mismo Dios quien se dignó servir de ejemplar y modelo para su institución.

Antes de los siglos, en un Dios único, había ya una familia divina, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; los tres se dan entre sí inefable testimonio de vida, de inteligencia y amor. Se conocen y aman eternamente y su unidad absoluta, la sociedad perfecta y la fecundidad siempre presentes, hé aquí la familia divina, como también el tipo de la familia humana.

Leed el Génesis y en él vereis que por dos veces Dios se recoge y tomando consejo de sí mismo, crea al hombre á su imagen y semejanza y le dá una compañera semejante á él. La familia está fundada y pronto aparecerá la Trinidad humana, á imagen

de la Trinidad Divina, una, indisoluble y fecunda como ésta, tal fué el origen de la familia.

Jesucristo restablece las leyes desconocidas ó violadas en la antigüedad, proclamando de nuevo sus principios constitutivos y sagrados. Hizo más, el contrato por el cual, se formaba la sociedad conyugal, fué elevado por Él mismo á la dignidad de Sacramento, cuya santidad quiso señalar más aún, haciendo que los mismos esposos fuesen ellos los ministros; pues el matrimonio no es solamente un Sacramento que reciben, sinó que se dan uno á otro los esposos. El sacerdote no es más que el testigo, ellos son en realidad los ministros, *Sacramentum hoc magnum est.*

La gracia que en él se recibe, es mucho más que gracia de un momento. Es un crédito que se adquiere para con Dios y en virtud del cual, innumerables gracias serán dispensadas ulteriormente á los esposos, dia por día, instante por instante, para cumplir

con todos los deberes y cargos de la vida conyugal. Es un manantial abundante é inagotable de gracias, que está abierto en sus almas y del que saldrán cuando sea menester, torrentes de luz, fuerza y vida.

*Sacramentum hoc magnùm est.*

A fin de demostrar á la vez la abundancia de gracias que se reciben, la santa dignidad de los esposos, la gradeza de los deberes y la fuerza de las obligaciones que ellos contratan; les compara el apostol, á la unión é inefables transportes de amor y abnegación de Cristo y su Iglesia: *ego dico in Christo et in Ecclesia.*

Lo que ha sido y siempre será Cristo para su Iglesia, debe el marido ser para su esposa, lo que la Iglesia es para Cristo, eso ha de ser la mujer para su marido.

A tan sublime condición y dignidad, ha querido Jesucristo elevar el matrimonio cristiano ó sociedad conyugal.

Para descubrir los deberes del marido, basta observar que el matrimonio es un contrato mútuo que en sí encierra—estos tres elementos: un fin, un objeto y un motivo.

El fin, es lo que se recibe; el objeto, lo que se dá; el motivo, es el por qué de su determinación ó razón que mueve á contraerlo.

Por ejemplo, mi casa que doy en venta, es el objeto del contrato; el dinero que recibo, es el fin. Las ventajas ó producto que saco de ese dinero, es el motivo. Todos los deberes del marido pueden pues reducirse á estos tres capítulos: *recibir, dár y determinarse*, por un motivo y bajo estos tres aspectos, han de ser examinados por nosotros.

\*  
\* \*

El fin del matrimonio es recibir. Pero recibir qué? Acaso las ventajas puramente humanas, terrestres, frívolas y pasajeras?

¡Oh! no señores, aunque muchos hombres así lo crean.

Hay quien no ve el matrimonio sinó en las floridas sombras de un edén imaginario, que les hace soñar una eterna primavera bajo el cielo azul de Italia, una perpétua adoración de corazón á corazón, en que la alegría de amarse junta á la dulce intimidad del hogar, no ha de dejar jamás sitio á las preocupaciones, á los disgustos, ni á las pruebas de la vida—¡Ignorantes!— El matrimonio es algo más que poesía ó novela.

Hay quien no busca en él más que una formalidad convencional, necesaria, para que la sociedad les admita á disfrutar de ciertos beneficios, concediéndoles un puesto de distinción en el mundo y admitiéndoles á sus reuniones aristocráticas; pero sin aminorar en modo alguno su libertad, ni privarles de sus placeres. Estos son los hombres sin probidad, sin verdadero honor ni lealtad. El matrimonio no es simplemente una costumbre, un pabellón respetable,



una etiqueta de decoración con que haya de cubrirse el vicio y el libertinaje; mucho menos un fin para los solterones cansados de diversiones.

Hay otros, que no ven en el matrimonio sinó la alianza de dos razas, de dos nombres, de dos condiciones. ¡Espiritus ligeros y superficiales! El matrimonio es más que una simple conveniencia entre dos familias.

Hay quienes buscan en el matrimonio, una posición más elevada, con consideraciones humanas, de clases sociales. ¡Ambiciosos! el matrimonio, no es un escabel ni un peldaño para elevarse en la sociedad.

Encuéntranse también algunos, que solo ven el dinero, la dote y las esperanzas. Se comprende que cuando hay un rango que sostener, un nombre que honrar, una influencia que perseguir, se aspire á obtener fortuna, lo cual no es en sí vituperable; pero no *por eso ni para eso*, se hubo de instituir el matrimonio: pudiera ser sí, una

sencilla condición; pero no un fin, ni un objeto. ¿Pues qué, es por ventura el matrimonio un medio para enriquecerse más fácilmente, un asunto mercantil ó una especulación interesada?

Terminemos la triste enumeración de los que con aviesos fines, contraen el matrimonio é indiquemos aquellos seres que se rebajan á la vil condición de buscar en el estado matrimonial un medio de satisfacer los instintos menos nobles del hombre. ¡Permitásenos que los llamemos seres empujados y rebajados, por no darles el epíteto de libertinos y perdidos; que por una especie de voluptuosidad en que han pasado su anterior vida, manchada con viles sensaciones, buscan en el matrimonio un manantial puro en que pueden rejuvenecerse con un fresco rocío.

El dejarse conducir por sus pasiones en tan grave decisión, es primeramente exponerse á las más crueles decepciones..... ¡Hay apariencias tan engañadoras!..... Es

además degradarse, pues el no pensar sinó en satisfacer sus sentidos, no es el noble fin del matrimonio, es el instinto del bruto.

¿Qué se debe pues recibir y por lo tanto buscar en el matrimonio? ¿Cuál es su fin principal y supremo? Es el mismo fin del hombre.

El matrimonio ha sido instituido por Dios, para ayudar al hombre á alcanzar su noble fin; que es, perfeccionarse y multiplicarse.

Dejemos á un lado el desarrollo de la raza y no hablemos ahora sinó del perfeccionamiento del individuo, el cual consiste en aproximarse en cuanto es posible, á la perfección divina, desarrollando su inteligencia, su voluntad y su corazón según Dios, para después poseerle glorificado en el cielo. Tal es el fin esencial de la sociedad conyugal.

Para estos progresos y continua ascensión hácia Dios, tenia el hombre necesidad

de la mujer *adjutorium simile sibi*. Según la palabra creadora no era bueno que el hombre estuviese solo; le hacía falta una compañera con quien vivir en sociedad *so-ciam* (1).

El hombre estaba incompleto. Poseía la majestad, la fuerza y la energía; pero le faltaba la gracia, la sensibilidad, la dulzura que Dios quería darle. Le faltaba un ser parecido á él á quien confiar sus sentimientos, con quien cambiar sus pensamientos que fortificara y elevara su corazón: así surgió la mujer.

La mujer está, pues, destinada para ayudar al hombre á esperar su fin, completarle y perfeccionarle.

¿Y esto, lo hará tal vez allanando su camino y quitando las espinas de su senda? Esta es la ilusión de muchos maridos, que sostenidos por la fuerza iniciadora de su pasión y el encanto de su primer amor,

---

(1) Génesis, III-12.

creen sin duda que la vida puede deslizarse para ellos por un camino de rosas. Se representan á su compañera, ideal y encantadora, capaz de los mayores sacrificios y dispuesta á sufrir todo por ellos. La dicha brilla en todo su esplendor y en medio de un cielo sin nubes.

Las ilusiones ván con frecuencia hasta el egoismo y los hombres, se imaginan con placer que la mujer está creada para servirles; que la mujer está hecha para sufrir y ellos..... para ser sufridos.

Pero las dificultades que nunca se hacen esperar, demuestran lo contrario. La mujer puede ser muy bien un dechado de virtudes. ¿Pero y si no las tiene?

La oposición de ideas y opiniones acarrean conflictos, discusiones y ciertas malas inteligencias, ligeros roces, palabras demasiado vivas, y algunos arranques, que si no se pone gran cuidado en evitar, se multiplican y aumentan con rapidez prodigiosa. Entonces, el ilusionado ó egoista marido,

hará amargos reproches á su mujer, atribuyéndola toda la culpa. Pero aunque esto sea muy cómodo, ¿es justo?—Le parecerá que despierta de un pesado sueño y que decididamente no hay en el matrimonio dicha durable. ¿Y esto es verdad?

¡Nó! no es justo, ni verdadero. Hay en el matrimonio una dicha cristiana, muy sólida y muy durable y no es siempre culpa de la mujer si no se encuentra; con frecuencia consiste en los maridos, y la mayor parte de las veces, es la falta de los dos, porque no comprenden el fin del matrimonio y esperando vivir en medio de continuas alegrías, se asombran al encontrar las pruebas; las cuales, son providenciales y por ellas alcanzará cada uno de los esposos su perfeccionamiento, si comprende su misión.

El marido empezará en sí mismo tan meritorio trabajo, sin que por esto sea necesario renunciar á la dicha en este mundo, al contrario, para retenerla con más

firmeza en su hogar, se hará cargo de que ella consiste principalmente en el cumplimiento del deber, y al deber se someterá con todas las energías de su ré y todas las fuerzas de su corazón. Este deber es el de ascender, perfeccionarse y hacerse cada vez mejor.

Para ello, dos cosas son evidentemente necesarias: conocerse y vencerse. En esta máxima se encierra toda la moral cristiana. Y aquella ciencia sublime y esta heroica victoria del vencimiento, se hallan en el matrimonio cristiano.

Hasta contraer el matrimonio, el marido no se conocía á sí mismo y si es cierto que sus padres y maestros le habian reprendido y también sus amigos habian notado sus defectos, no habian logrado caer del todo el espeso velo que hasta los mejores se obstinan en conservar.

En su nuevo estado, el sentimiento de su responsabilidad, empezará á abrirle los ojos y si quiere ser sincero, se sentirá

pequeño é impotente para hacer la felicidad de la que ama; y el fondo de su natural, se revelará en la intimidad de la vida conyugal, en el contacto diario y en las decisiones que hay que tomar, en la fusión de las dos existencias, quedando asustado de ver en sí mismo, tantos defectos que para él habían pasado hasta ahora desapercibidos; por no haberse presentado ocasión de notarlos; y si en su soberbia no quiere retractarse de ellos, no tema al menos escuchar las advertencias de su esposa, apreciándolas en su justo valor. Si la mujer tiene menos saber y acaso menos razón, tiene en cambio más corazón y mayor fineza. Y el marido que rechazase sus consejos ó malamente los acogiese, impediría que su mujer de nuevo los reiterase, privándose por su refinado amor propio de tan preciosas luces.

¿Quién tendrá más interés que la esposa, en estudiar el carácter de su marido?

Cierto es que al marido corresponde en primer lugar el cargo de consejero; pero



los consejos que él dé á su esposa, serán con mayor benevolencia recibidos, cuando antes él los haya admitido de la misma, mostrando gratitud y docilidad. Tampoco el consejero ha de desanimar á su aconsejado; por que si él desfoga su cólera, diciendo en un momento de furor la verdad, en cambio molesta á su aconsejado, el cual hubiera recibido con gratitud y hasta con agrado el consejo que tranquilamente nace de un corazón sin pasión y sin rencor.

En la vida conyugal, las ocasiones de abnegarse, son diarias y por consiguiente diarias son también las de crecer y perfeccionarse en la virtud, motivo y fin del matrimonio.

El egoismo, hé aquí nuestro mortal enemigo, vivimos en nosotros, de nosotros y para nosotros: este es nuestro mal. Nuestra educación moral consiste en salir de nosotros mismos; y el matrimonio es de institución divina para obligar á dos seres huma-

nos, á salir de sí mismos, á vencer su mútuo egoismo y á hacer el aprendizaje de la virtud.

El matrimonio no enseña solamente á conocerse, ayuda á vencerse, lo que es bien necesario; si no se quiere renunciar á la felicidad viéndola disiparse como el humo, cambiándose en miserable estado de permanente y sorda hostilidad, que hace la vida insoportable. Hay pues que abnegarse.

Esta abnegación, no es solamente el fundamento de la vida cristiana, sinó de la paz conyugal, de modo que por un plan providencial, la misma causa nos conduce á la virtud y á la dicha.

En los primeros dias, nada costaba, ahora, se siente como el peso de una cadena. Antes era la brisa primaveral de una afeción radiante; ahora el viento sopla de tempestad. El hombre que hasta ahora no veía en la mujer, sino un ideal lleno de atractivos y encantos; empieza á descubrir

en ella un ser, á veces terrible, bajo su aparente dulzura y más terrible aún, por sus mismos atractivos: pues aquí debe empezar la renuncia de sí mismo, para elevarse á un desinterés sublime: esta es la educación moral, digo más, es la educación divina; porque no es solamente un ideal humano el que se realiza en el matrimonio, sino un ideal divino, la unión de Cristo con su Iglesia.

¿Qué ha hecho Cristo por su Iglesia? *non sibi placuit* (1). Dice San Pablo: *no se agradó á sí mismo*. El se ha humillado, despojado y crucificado. Ha sacrificado la gloria de que gozaba en el seno de Dios Padre. El ha sacrificado la gloria humana de que hubiera podido revestirse. Ha sacrificado su reposo, su cuerpo y su sangre, su alma y vida. El ha renovado, perpetuado y acrecentado sus sacrificios en la Eucaristía; no hay uno solo ante el cual retrocediera. Ved aquí, el

---

(1) Epístola á los Romanos, XV, 3.

modelo que San Pablo no teme proponeros, maridos cristianos. Y es que la moral cristiana, partiendo de la caída humana, es esencialmente la moral del sacrificio y de la abnegación. Moral, que ciertamente nos descubre el remedio de todos nuestros males y el manantial de todos los bienes. Dice el autor de la imitación: *Tantum proficies quantum tibi ipsi vim intuleris*. Tanto aprovecharás en la virtud cuanto violencia te hayas hecho á tí mismo. Y nada después de todo tan necesario en la vida conyugal. Sin la abnegación, vienen pronto ó tarde la división, después, la incompatibilidad de humor y por fin la destrucción del hogar.

Si quereis la unión, la fusión de las dos vidas en una sola, hay que recurrir al sacrificio y únicamente con él alcanzará el matrimonio su fin: La educación del hombre y del cristiano.

El manantial inagotable de abnegación, está en el Evangelio, en la fuerza moral de que dispone el cristiano, en los Sacramen-

tos y muy especialmente en el del matrimonio.

¡Cuánta no es pues la desgracia de los que reciben este Sacramento sin las debidas disposiciones y la mayor falta aún y mayor desgracia de los que le reciben sin una seria confesión, en estado de pecado mortal, constituyendo así su familia por la profanación de este gran Sacramento. ¡Horrible sacrilegio!

Recibanle, pues seriamente, vuestros hijos y vuestras hijas, Señores, y procurad que lo reciban con rectas disposiciones. En ello encontrarán el remedio á los sufrimientos de la vida conyugal y alcanzarán con la virtud la verdadera dicha.

Se acusa á las leyes del Evangelio de pesadas. No son las leyes las que hay que modificar, son las costumbres y en vez de decir como los cobardes; «ensanchad la moral por que no puedo con ella» es preciso decir como los cristianos, como los fuertes, como los vivos: «restableced la moral y con ella

la dicha; todo lo puedo en el Dios que me conforta» (1).

\*  
\* \*

Recibir el complemento de sí mismo, su perfeccionamiento moral y divino en el mútuo sacrificio, he aquí el principal fin de la sociedad conyugal y el primer deber del marido.

El objeto de esa misma sociedad es, el dár y dar lo que hay de más grande, de más completo, de más universal; lo que es más que todo; *vosotros mismos*. Es decir el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu; la libertad y la voluntad, la inteligencia, las creencias y las ideas, las virtudes, las penas y las alegrías, las pruebas y las esperanzas, los bienes y la vida, en una palabra todo.

---

(1) Epístola á los Filipenses, IV, 13.

Es el don más absoluto que puede hacerse, en el sentido profundo de esta palabra de la Escritura: *erunt duo in carne una..... Jam non sunt duo* (1). Serán dos en una misma carne..... No son ya dos, no son sinó uno solo por completo y para siempre. Unión indisoluble de dos espíritus, de dos corazones, de dos voluntades, de dos caracteres, de dos cuerpos y de dos almas, una fusión de dos existencias que se sostienen y ayudan mutuamente en sus respectivos deberes; en las alegrías como en los dolores; sacrificándose el uno al otro en la paciencia y abnegación de todos los días; en la santa libertad de un amor puro, fiel é inviolable, mirando los dos como un imposible el dar entrada nunca, á otro sentimiento de la misma naturaleza y amándose de todo corazón, con todo el poder de su razón, de su ser y de su vida.

¡He aquí el matrimonio cristiano!

---

(1) Génesis, II, 24.

Ved, si importa mucho que para esta unidad profunda, total é indisoluble haya armonía entre las naturalezas, las inteligencias, las ideas, los gustos, los caracteres, los temperamentos y los sentimientos religiosos.

En esta unión tan perfecta ¿cuál es la forma del don que ha de hacer el marido? ¿Cuál es para éste el objeto del contrato? ¿Cuál es su misión?

La Santa Escritura lo dice en una palabra; *Caput* (1). Es el jefe, la cabeza; él tiene la autoridad, el mando, la dirección. De lo que sacamos en consecuencia, primero, que debe servirse de ella y segundo que debe servirse en el orden y para los fines del matrimonio.

Primeramente, debe servirse para hacer perseverante la unión; y no es inútil recor-

---

(1) Epístola á los Efesianos, V, 23.



darlo, porque hay maridos que abdican: lo cual es más cómodo; pero olvidan que el ejercicio de la autoridad no es solamente un derecho, es un deber, del cual se les pedirá cuenta.

En los unos, es debilidad, no tienen fuerza para sufrir las molestias que esto proporciona.—En los otros, incapacidad y con el miedo de no acertar, no hacen nada.—Otros son indiferentes; nada les importa y dejan marchar las cosas por sí solas.—En algunos orgullo ó desdén, creyéndose rebajados al ocuparse de una mujer, para otra cosa que para gozar ó hacerse servir de ella.

Hay también muchos maridos á quienes domina el egoísmo: estos tienen bastante con ocuparse de ellos mismos, de sus negocios ó placeres, cuando no, de sus pasiones; volviendo á encadenarse con los desórdenes de su juventud.

Los maridos que abdican, quebrantando la unidad de la familia y el objeto del

contrato, se deshonran á sí mismos y tienen todos, en su fórmula trivial una culpa común; se forman generalmente una idea muy exacta de los deberes que el matrimonio impone á su mujer y una muy vaga de los que á ellos incumben. Añadid á las dulzuras habituales de su vida un accesorio agradable, en la persona de una mujer honesta y graciosa, atenta á evitarle las pequeñas molestias haciéndole su hogar siempre alegre, bien dispuesto para las horas de fatiga ó de fastidio constituye todo su sueño y aspiración. Sin embargo, no puede dudarse que el marido, tiene el cargo del alma de su mujer, que una gran parte de su educación intelectual, moral y religiosa es de su cometido, puesto que su misión y su deber, es ejercitar la autoridad, usar de su influencia en la familia para el mayor bien de todos y principalmente de su esposa.

La mujer tiene por lo general necesidad de ser dirigida; casi siempre lo desea y es susceptible de ello. Muchas veces oímos

decir á las jóvenes: «Quiero un marido que me guíe, en quien yo comprenda su superioridad, que me inspire una confianza, sobre la cual pueda apoyarme».

La joven sabe poco todavía; por muy cuidada que haya estado su educación é instrucción, ni la una ni la otra están terminadas: además, habiendo vivido hasta entonces, sumisa y dominada, es entrar de pronto en una vida totalmente nueva para ella, y de la que no ha podido formarse exacta idea. Luego tiene necesidad de una dirección que es muy susceptible de recibir, pues la mayor parte de las mujeres serian lo que sus maridos quisieran que fuesen, si estos se tomasen la molestia de conseguirlo. Aun cuando hasta entonces hubiese habido una educación fútil, gustos de disipación y de vanidad; rara vez este mal es incurable, porque todas llevan en sí mismas un gran fondo de abnegación y desinterés, que la dulce autoridad de su primer amor es poderosísimo para desarrollar. Al marido toca

modelar y formar, según sus deseos este jóven corazón, que no aspira sinó á complacerle, á él toca añadir los vínculos que unen al esposo con la esposa, los que unen al discípulo con su maestro, su guía y amigo.

Esta es una misión bien digna de ser cumplida por aquellos que quieran lograr mediante la virtud, la verdadera dicha; puesto que la perfección de la esposa es la unión cristiana, la edificación de los hijos y el bien de toda la familia.

Debe pues el marido servirse de su autoridad, esta es su función y su cargo.

Mas es misión que hay que cumplir en el orden y según el fin del matrimonio y son pocos los maridos que saben continuar la educación de su mujer haciendo un cristiano uso de su autoridad.

La primera cualidad que de la autoridad procede, es la justicia; la autoridad del marido derivándose de la de Dios, debe semejarse á ésta y su mando ha de ser con-

forme al de Dios. ¡Qué triste y deplorable situación para una mujer! ¡Qué suplicio y cruel agonía no será la suya, cuando vea que la autoridad de Dios está en oposición con lo que exige el mando de su marido! Ofender á Dios la es imposible, porque su amor arraigado en el fondo de su alma está por encima de todo. Disgustar á su esposo se la resiste, porque á él ama después de Dios más que á ningún otro ser. ¿Qué debe hacer? Empleará todo su tacto, delicadeza y abnegación para conciliarlo todo; pero si esta conciliación se hace imposible, porque la voluntad de Dios se manifiesta clara y abiertamente frente á la de su marido, entonces aun con amargura de su corazón rehusará á sus tiránicas exigencias y le desobedecerá.

La armonía de la sociedad conyugal, será momentáneamente interrumpida y tal vez á costa de grandes sufrimientos. Hablo por supuesto de la mujer fuerte, que es esclava de su deber y toda de Dios. ¿Pero

qué diré de la mujer cobarde? En ésta el amor del marido se sobrepondrá al de Dios: capitulará, se dejará arrastrar al mal, por quien debiera conducirla al bien, con sentimiento primero, después apasionadamente y siempre con detrimento de aquél que la impulsó á ello. Cuántos maridos culpables hay que, abusando del «poder increíble del amor» no sienten ningún escrúpulo de asociar á su mujer, á sus gustos malos, haciéndola cómplice de todos sus placeres, llevándolas á teatros en los que se oyen chistes de mal género; á comilonas después de los bailes; á los juegos inmoderados de las carreras; en partidas escandalosas, con compañías sospechosas, proporcionándolas libros y novelas inmorales y en una palabra, mancillando sin piedad la imaginación más pura y el más inocente corazón, tienen por sistema que una mujer sea la camarada del marido, haciendo entre sí vida de solterones ;sistema desmoralizador y culpable!

Culpable también, el marido que sin conducir á su mujer al mal, no busca cómo defenderla de él; que se deja más bien empujar por ella, como otro Adán arrastrado por Eva; que no sabe resistir á sus deseos, á sus caprichos y pasiones; que su amor ciego y complaciente no acierta á reprender ó descartar las amistades peligrosas con los hombres; á moderar su lujo, los trajes, los gastos, los placeres, ni alejar los peligros de una vida demasiado mundana ó fútil y ociosa; á impedir que se exponga á una clase de publicidad insalubre, á suprimir las exhibiciones ya públicas, ya clandestinas; el furor de las primeras representaciones, bailes de máscaras y comedias de salón, el aturdimiento de la juventud, de la hermosura, del triunfo y de todo ese comercio de galanterías, verdadera causa de tantas reuniones, en que los hombres como las mujeres, buscan gustosos lo que llaman un interés de corazón y que por desgracia muchas veces le encuentran sin buscarle...

Si bien es cierto que el corazón desempeña un papel muy secundario en estas cosas.

Es culpable contra el deber de autoridad, el marido que no sabe preservar á su mujer del mal y él será la primera víctima de su falta.

Culpable también, aquel que no la inclina al bien, arrancando de ella esta frivolidad de la que casi todas las mujeres llevan en sí mismas (aunque en muy diversos grados) el gérmen del atractivo; dándolas en cambio la esperanza de lo serio, de la calma, de la ponderación y de la justicia, educando su talento, su corazón y su voluntad, sembrando con rica semilla, esta tierra preciosa que no pide sinó producir; derramando en su alma jóven y fresca cuanto haya de mejor: completando en fin, y perfeccionando en ella, aquella divina semejanza que la mano del criador ha bosquejado, la educación que el corazón de una madre cristiana empezó con todo el poder de su corazón.



Tal es el deber del marido y el ejercicio obligatorio de su autoridad; pero es preciso que sea justo según Dios.

Es preciso en segundo lugar, que aquella autoridad sea digna, es decir, que el marido sea digno de ejercerla; porque sus ejemplos y virtudes confirmen lo que manda.

El marido que no llegase á entender que la palabra sin el ejemplo es estéril, el marido que falsamente se figurase que todo le está permitido; el marido libertino es indigno de mando, porque él mismo por su desbordamiento rompe entre sus manos el centro de su autoridad. Sí, indigno de mandar es aquel marido que con su reprobable conducta se hace el baldón y deshonor de su familia:

El marido que abdicase en su mujer, para él disponer más libremente de su tiempo. ¿Y para qué señores? Mejor será no decirlo. El marido cuya sórdida avaricia, le impulsara á los empréstitos y sus horribles consecuencias. El marido cuya prodigalidad

le inflige ultrajantes rivalidades. El marido que en su principio abandona ó desdén a su esposa y luego por piedad le manda para su distracción otras personas. El marido que encierra el escándalo de su conducta en el interior de su casa y se resarce de lo que no hace fuera.

Luego el marido debe apoyar su mandamiento con su ejemplo haciéndose digno de su autoridad.

La autoridad debe ser pacífica; *jugun pacis*, dice la Iglesia; pacífica, es decir paciente, que sepa soportar y disimular.

Los maridos bruscos y violentos que queriendo ser obedecidos enseguida, llevan todo por asalto, se hacen temer pero no obedecer.

Ha de estar lleno de atenciones y dulzura por que los maridos torpes que no saben comprender á sus mujeres y que para corregirlas las tratan con ironía ó bromas desagradables, olvidan demasiado, que exasperar á un enfermo, es exponerle á desear la muerte.

La autoridad ha de ser además pacífica, constante, pues los maridos volubles, niños, apocados, raros, caprichosos, de carácter ágrío, que siempre llevan la contraria, hacen perder la cabeza á sus mujeres á menos que éstas no tengan la virtud de Madame Acarie, más tarde la bienaventurada María de la Encarnación, cuyo marido decía con razón: «Mi mujer será seguramente una santa y hará hablar de mí en el proceso de su canonización; por los ejercicios que he proporcionado á su paciencia he contribuido grandemente á su santificación».

Autoridad pacífica, es decir autoridad según el orden; por que la paz es la tranquilidad del orden, es la autoridad que se ejerce dentro de las atribuciones de cada uno y sin invadir la de los demás; pero los maridos que queriendo verlo todo interviniendo en los menores detalles de la casa (con los que se entienden muy mal) consumen á su mujer y perturban la paz del hogar.

Es preciso que la mujer tenga su parte de autoridad y dirección en el gobierno interior y en la educación de los hijos. *Jugum pacis et dilectionis*, añade la Iglesia.

Por último, la cualidad de la autoridad debe estar impregnada de ternura y amor. Hay que gobernar con una mano escondida en el corazón, ó si quereis mejor, con un guante de terciopelo. Los maridos duros, celosos, con guantes de tirano ó látigo en mano, tienen una autoridad que humilla; pero que no llega á ser respetada. No tiene que habérselas, al ejercer su mando, con un enemigo, á quien ha de reprender, guiar ó censurar, ni siquiera como amo, sinó como amigo: *jugum dilectionis*.

El marido debe ser para su mujer como una segunda conciencia y como otro Angel de guarda; debe tener para ella una afección sobrenatural y benévola.

Si este ideal os parece demasiado alto ó difícil para aspirar á él, Señores levantad

los ojos hácia el divino modelo; el que os propone San Pablo, Jesucristo ¿qué no ha hecho por su Iglesia?—La hija Santa é inmaculada; no porque no haya en ella pecadores, sinó porque ella contiene todo lo necesario para arrancar el pecado y elevarse á la santidad; la ha preservado de errores hasta el fin de los siglos. Para ella han sido y son sus consejos y ejemplos, sus oraciones y sacrificios, su gracia y su vida, ¡Qué fuerza y qué santidad en el vínculo que les une! Jesucristo y su Iglesia, son el ideal de la unión y mútuos deberes de la sociedad conyugal.



Recibir con el sacrificio y abnegación, es el fin del matrimonio; dar con el sacrificio por una autoridad justa, digna, pacífica y tierna es su objeto. ¿No es esto algo que superará á las fuerzas humanas? No; porque

hay un poderoso motivo, un *móvil soberano* que es el amor y el amor penetrado de la gracia y el amor cristiano.

No puede negarse que existen dificultades en esta tarea; ésta os hará comprender Señores, la locura del casamiento sin amor. ¿Quién sino él dará la fuerza para cumplir tales deberes? Solo el amor es capaz de ella, solo el corazón dispone de la fuerza que exige este acto decisivo, soberano irrevocable, del cual está como pendiente todo un destino.

¿Y qué amor hace falta? Apelo Señores á aquellos de vosotros que habeis amado santamente, que amais sin medida, por la tierra y por el cielo, por el tiempo y por la eternidad. Amar únicamente y para siempre á la que ha sabido merecer toda vuestra estima y confianza, y ser amado de ella, es y será vuestro ideal.

El amor es eterno ó no es amor; pero el amor sensual no dura sino lo que dura el encanto que le produjo, esto es, una primavera. Las pasiones no son capaces de alimentar el amor, por el contrario, le profanan y matan.

Si el amor quiere vivir tiene necesidad de cernerse. El verdadero amor, como nacido de Dios ha de limpiarse del polvo de la materia y volver á su principio que es Dios.

El amor racional, fundado sobre cualidades de espíritu, de corazón y de alma, sin excluir de ningún modo los encantos físicos, puede ser durable. Pero no es todavía suficiente, hay que mirar más alto, hay que llegar hasta el amor cristiano, el cual no excluye el presente, al contrario, le completa, le eleva y lo desprende de todo lo temporal; pues el amor cristiano no sólo vé el alma que anima el cuerpo de su amado, sinó al mismo Dios, que por su gracia habita en el alma.

Es una afección superior y de orden divino modelada en aquella afección con que Cristo amó á su Iglesia, no es una llama terrestre, es una llama del cielo; no es ya el amor humano, sinó el amor del mismo Dios en el corazón del hombre.

Si el marido que no es cristiano no siente la diferencia porque no reflexiona lo bastante para comprenderla, la mujer cristiana sufre y la siente cruelmente; y no porque vosotros cerreis los ojos para cegaros, impedireis por esto el sufrimiento de la que amais.

Solo el amor cristiano es verdaderamente fuerte y si el amor humano es dichoso y fiel, lo será con una fidelidad de circunstancias y de ocasión, mas si la tempestad susurra, será arrastrada y la fidelidad oscilará. No así el amor cristiano que ha sacado del Sacramento que le perfecciona y santifica, dándole una fuerza y una fidelidad inmaculada que es imágen de la de



Jesucristo hacia su Iglesia; la que está al abrigo de todas las vicisitudes, porque lo que Dios une, nada podrá separarlo; *quod Deus conjunxit, homo non separet*. (1).

No es bastante para el amor que sea eterno, es preciso que crezca, por que el amor como todo lo que vive, tiene necesidad de desarrollarse.

Por la paciencia, la humildad, la expansión del corazón, la absoluta confianza, por una intimidad todos los días creciente, se aumentará el amor. En vez de esquivar el trato, al modo de las personas que no se aman y que sienten la precisión de verse y de soportarse mutuamente; los esposos que se aman, intiman más y más sus relaciones.

La diversidad de caracteres y la divergencia de opiniones, subsisten ciertamente; pero esto constituye un nuevo encanto. Juntos desprecian lo que es bajo, juntos se elevan, juntos admiran, estiman aman,

---

(1) San Mateo, XIX, 5.

todo lo que es grande y noble. Juntos rezan, cumplen sus deberes religiosos y ejercitan la caridad; juntos practican la virtud y las buenas obras, su vida intelectual, moral y religiosa es verdaderamente una sola vida: Siempre los mismos intereses de espíritu, de alma y de corazón. Su hogar no está solamente en casa, le llevan consigo como en un altar doméstico, está do quiera ellos se encuentran juntos, está en su corazón y en todas partes donde ellos confundan en una intimidad todos los días creciente sus pensamientos, sus impresiones, sus entusiasmos, sus creencias, sus esfuerzos y su caridad.

Esta habitual intimidad en mútuo y constante comercio de sacrificios y abnegaciones; con miras sobrenaturales, santas y tan poderosas, para acrecentar el amor, pueden llegar hasta crearle, entre dos seres que tienen el uno para el otro solamente la estima y la confianza. ¿No es esta la

historia de Paulina? Al principio amaba á Poliuto por deber de esposa, como se casó por deber de hija. Su voluntad lo desea, pero su corazón se resiste y la perturbación que la causa la vuelta de Severo, su repugnancia en servir á «tan gran vencedor» la energía con que ella exige de él la promesa de que no la verá más, demuestran suficientemente de qué lado se inclinaría su corazón, si la virtud no la sostuviera sobre la pendiente. Al fin toda su alma, toda su ternura, son de aquel que ella llama desde luego su Poliuto: la razón y el corazón se han puesto de acuerdo, en un amor que ella ha creado á fuerza de virtud.

Cuando el corazón y la razón, están de tal suerte unidos, cuando el amor es sobrenatural y cristiano, pueden pasar los años, pueden perderse las gracias juveniles; pero el corazón no envejece nunca. El amor se eleva, se purifica, estrecha sus vínculos y se ama como se ama en el cielo.

Si el vacío se hace alrededor de los esposos, si la muerte hiere, si la prueba llega, se unen más y más fuertemente el uno al otro y se repiten mutuamente las palabras de Andrómaca á Hector: «Tu eres ahora mi padre y mi madre, tu mis hermanos, tu eres mi esposo amado.

Puede sobrevenir la muerte y desgarrar los corazones; pero no desunirá y pasados algunos dias, la reunión se hará en Dios y en lugar de marcar el tiempo los límites del amor, éste se perderá en lo inconmensurable de la eternidad.



Tal es la sociedad conyugal, en ella se dá, se recibe y se ama. Se recibe en la renuncia y sacrificio, el perfeccionamiento de sí mismo, el complemento de su educación moral y divina. Se dá lo mejor que puede darse, se dá á sí mismo, para el bien y

dicha de la persona querida. Se ama fiel y santamente y este amor, todopoderoso, dá la fuerza de recibir y dar todo con alegría. Por encima de todo, se cierne el ideal divino, la unión de Cristo con su Iglesia; la gracia ayuda siempre y sobre todo en las horas difíciles, ella ilumina, fortifica y sostiene.

Hé aquí la verdadera unión de los esposos con sus austeros deberes y pruebas; pero también con sus alegrías santas y casi divinas: *Sacramentum hoc magnum est, ego dico in Christo et in Ecclesia.*

Pero hé aquí que semejantes ejemplos son raros; más, no hay que extrañarse. Los poetas, los novelistas, los escritores, los guías de la opinión han destronado la virtud, glorificando el adulterio, divinizando la pasión y descartando el sacrificio. Han minado por su base el edificio religioso del matrimonio cristiano, han proclamado la ley del divorcio, esperando así la poliga-

mia y las uniones libres, y esta decadencia que de un modo muy señalado se vuelve hácia el grosero sensualismo, es llamado progreso, ¡Oh! Esto es un horrible mal, del cual podríamos morir; él ha invadido las clases populares y se multiplica de una manera asombrosa.

Ya es tiempo de que las familias fijen su vista en la Ley de su institución divina, si no quereis perecer. Y no pretendais, Señores, eximiros porque esteis colocados más altos, de las leyes que juzgáreis necesarias para las clases populares, porque en esto no hay privilegios ni dispensas, todos sois súbditos del mismo Dios é hijos del mismo Padre; todos estais sometidos á las mismas obligaciones y los más elevados, están más obligados á mayores y mejores ejemplos.

Por vuestra autoridad, por vuestros consejos, por vuestra influencia, multiplicad las familias fieles, los matrimonios cristianos y las uniones santas.

Perecemos por la inmoralidad y la división, restableced pues la moral, colocadla bien alta en vuestro hogar para que brille con ostentosos rayos á los ojos de todos; fortificad la unión en vuestros corazones, para que poco á poco se rehaga el país.

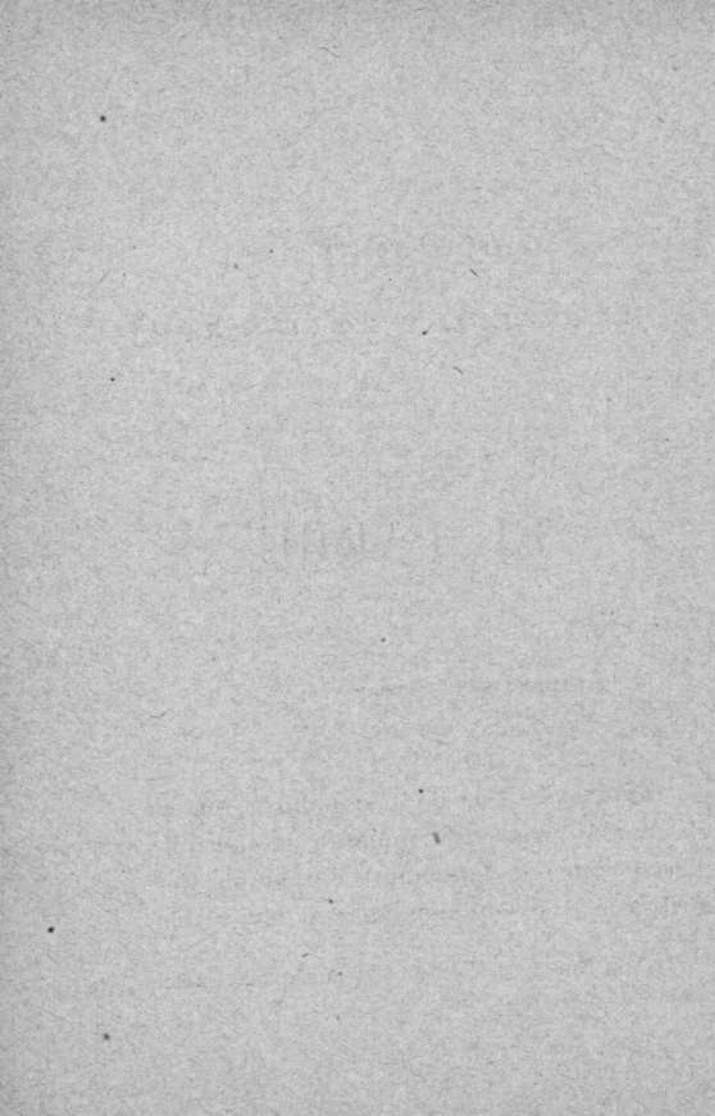
Porque si los pueblos que han desaparecido, perecieron por su corrupción en la que se adormecieron helados por el frío de la muerte que cercaba sus hogares; de los hogares cristianos, de las vidas santas, de las costumbres puras surgirán los pueblos grandes y prósperos, las Naciones fuertes y poderosas y solamente así pueden descender las gracias que vivifican y las bendiciones divinas que immortalizan.







EL PADRE



# EL PADRE

## SU GRANDEZA Y SUS DEBERES

*Qui scandalizaverit unum de pusillis istis... expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris.*

El que escandalizare á uno de mis pequeñuelos... más le valiera que le suspendiesen al cuello una piedra de molino y que le echasen al fondo del mar.

*(San Mateo, XVIII, 6).*

**Eminentísimo Señor <sup>(1)</sup>**

**SEÑORES:**

Ha querido Dios en su sabiduría, que el ser humano viniera al mundo y se multiplicase por medio del hombre y la mujer; dos criaturas indisolublemente unidas y que

---

(1) Su Emcia. el Cardenal Arzobispo de París, presidía estas reuniones.

realizan en la familia los fines providenciales.

De aquí estas dos palabras del Génesis: *crescite et multiplicamini* (1) *creced y multiplicaos*. Este es el segundo fin del matrimonio; digamos pues algo de su grandeza para después insistir sobre sus deberes.

\*  
\* \*

¿Quién podría expresar la *grandeza de la Paternidad?*

En el orden de la naturaleza nada hay tan sublime, ni más deslumbrador. El poder de crear, de sacar algo de la nada y que á solo Dios pertenece. Aquél poder sobre todos los poderes. Aquel atributo, carácter propio del Soberano Señor de todas las cosas y que se creía incomunicable. El poder de dar la vida. Dios se ha dignado depositarlo en manos del hombre. Es verdad

---

(1) Génesis, VIII, 17.

que Dios guarda la propiedad radical; el hombre no obra sinó como dependiente de Dios, como por un poder comunicado; pero con tanta largueza comunicado, que nos sentimos tentados á llamarla imprudencia.

Dios se ha despojado, por decirlo así, ha retirado de sí mismo ese poder de vida, para dejarle por siempre á la voluntad del hombre.

¿Podía levantarle más, ni hacerle un don natural más sobresaliente, más asombroso y que más se asemeje á la divinidad? *ego dixi: dii estis; (1) yo dije: sois como dioses.*

Desde el origen del mundo, el nombre de Padre, es el más hermoso, el más santo después del de Dios. Divino por su origen y por su naturaleza, puesto que indica la autoridad misma del poder creador y de la vida dada, es además el fundamento del primer imperio establecido entre los hom-

---

(1) Salmo LXXXI, 6.]

bres, el imperio doméstico y ha quedado como el tipo más venerable que pudiera haber. Cuando los hombres han querido manifestar el aprecio que hacían de una dignidad, de una institución, de un servicio prestado á sus semejantes, han empleado aquella palabra de padre para sacar de ella algo de su aureola y majestad. Para expresar los mismos la cosa más querida después de la familia, de la que es una extensión, han pronunciado la palabra *patria*. Para distinguir á ciertos hombres entre todos los demás, les han llamado *Padres de la patria*, *padres del pueblo*, *padres conscriptos*, *patriarcas*.

Hay más, la misma religión, no ha encontrado palabra más hermosa para glorificar ó caracterizar, lo que ella tiene de mejor. Se ha dicho: padres de la fé, padres de la Iglesia, padres de almas, padres espirituales. Han dado este mismo nombre también, al Jefe de la Iglesia: Papa que significa padre.

Cuando el hijo de Dios nos enseñó á orar, no encontró una palabra más augusta para ponerla en nuestros lábios que la de «Padre nuestro» para demostrar á la vez que Dios no tiene prerrogativa más sublime y que toda paternidad dimana de Él: *Unus Deus et Pater omnium* (1) un solo Dios y Padre de todos.

Nada sobre la tierra es tan grande como la paternidad humana, porque en ella se encuentra á la vez la comunicación de la paternidad divina, el origen, el modelo de toda autoridad, de todo beneficio, de toda grandeza y como una misteriosa expansión del mismo sacerdocio.

Si; el padre es sacerdote en toda la fuerza del término *regale sacerdotium* (2) sacerdocio real. Por esta razón la religión ha concedido siempre al padre el derecho de poder bendecir.

---

(1) Epístola á los Efesios, IV, 6.

(2) Primera Epístola de San Pedro, II, 6.

Los paganos no bendecían. Eneas, saca de las ruinas de Troya sobre sus hombros, á su anciano padre; pero éste al morir, no le bendice. Las palabras de Hector á su hijo entre los brazos de Andrómaca, son heróicas; pero no le bendice. Priamo, el más sublime de los padres de la antigüedad, tampoco bendijo á Hector antes del combate.

Pero en el pueblo de Dios, Abraham, Isaac, Jacob, todos los patriarcas, de generación en generación, han bendecido á sus hijos. En todos los pueblos cristianos, en los tiempos de fé, los padres han bendecido á sus hijos, en las circunstancias solemnes, al menos antes de morir; como Dios bendijo al primer hombre y como Jesucristo bendijo á los Apóstoles, al subir al Cielo.

Hoy se ven aún padres que bendicen á sus hijos, por ejemplo en el día de su primera comunión, y esta bendición que dimana del corazón de un padre sobre sus hijos, retorna al corazón paterno y viene á ser para él una bendición de Dios. Es un verdadero



sacerdocio en el que experimenta el padre una de esas emociones poderosas que conmueven el alma hasta sus más íntimas profundidades.

La emoción es aún más fuerte en aquellos que se sienten menos dignos de una función tan pura. Se han visto padres que han denegado obstinadamente el bendecir á sus hijos, ó lo han hecho derramando torrentes de lágrimas.

Ah Señores! Cualquiera que sea el estado de un hombre; por muy bajo que haya podido caer, en la conciencia de que es padre, hay algo que le levanta y es para si mismo manantial inagotable de los más nobles sentimientos. Hánse visto padres, que á presencia de sus hijos han recobrado en un momento, cuanto de su propia dignidad el vicio les había arrebatado, y volver á ser buenos, castos, puros, creyentes y cristianos.

Y si acontece (pues la humanidad tiene asombrosos contrastes..... hay en ella san-

tos y pecadores) si acontece repito, que un padre infringiese los deberes de tal padre, y ahogase en su corazón todo el poder de amor que Dios le concediera para con su hijo, que no dispensase aquella protección física y moral que le son naturales, se oiría un grito espantoso de indignación, una voz unánime que pondría al desnaturalizado padre al nivel de los mónstruos.

La profundidad de su caída muestra bien de qué alta cima ha descendido; es su nobleza, cual el sacerdocio real del padre; que no puede desechar su diadema sinó cayendo tan bajo que cause horror y espanto.

Hay perdón para todo y la mayor alegría de un sacerdote, es el borrar tales indignidades; pero se necesita del infinito poder de la sangre redentora para lavar ciertas manchas y levantar de semejantes caídas!....

Viniendo de tan gran dignidad los deberes de padre, no pueden ser sinó y por la misma razón sagrados y por ende formidables.

Hay dos esencialísimos: el deber de la vida y el de *la educación*.



Sobre el deber de la vida no insistiré; pero séame permitido el decir, Señores, lo grande que es vuestra responsabilidad. Dios ha depositado en vosotros este honor, os ha confiado su poder creador. La especie inteligente y libre, la raza humana, está entre vuestras manos. El que ésta exista ó sucumba, que se multiplique ó decrezca, que sea noble ó vil, que se cierna en las puras regiones de las virtudes ó se revuelva en el lodazal de los vicios, en cierto modo depende de vosotros.

Podrá llegar á peor condición que los salvajes ó elevarse á las regiones de los Santos, formando coro con los Ignacios, Luises y Fernandos, las Teresas de Jesús, Juanas de Arco é Isabelas: á vosotros toca decidir su futura suerte, según que reprimais ó deis rienda suelta á las pasiones, que os guíe la luz de la fé en vuestras creencias, la sana moral del Evangelio en vuestras costumbres y que os persuadais firmemente que con el poder de dar la vida, va envuelta la necesidad de trasmitirla tal como vosotros la teneis, tal como vosotros la haceis.

Cuando dirijo mis miradas en mi alrededor, me parece contemplar: Primero, Padres hay que comprenden el honor y no retroceden ante el sacrificio; reflexionan, oran; consultan si hay necesidad de ello, no tienen miedo de las luces y buscan lealmente la voluntad de Dios que es sagrada para ellos. Saben qué cuidados reclama la salud

de sus esposas, cuál es el bien de los hijos, saben también que es bueno multiplicar la vida y su confianza en Dios, templa los temores que puede inspirarle lo porvenir, y confiando en su prudencia dicen: Fuera toda cuestión de ambición y egoísmo: Antes que todo el deber.

La gracia sacramental les dará fuerza para cumplir sus deberes, exigiendo al mismo tiempo su cooperación y esfuerzo personal y como están dispuestos por su parte á todo sacrificio, antes ofrecerán generosamente su vida que ofender á su Dios. Abrigan pues la firme convicción que si la patria tiene derecho á pedir nuestra sangre para defenderla, con mayor razón se debe ofrecer generosamente la vida en defensa de los sacrosantos derechos de la moralidad de nuestras familias, que es el primer bien de la patria.

Hay en la vida circunstancias que obligan al hombre á ser un héroe para cumplir sus deberes; pero serán héroes y mártires

si es preciso, antes que dejar de ser buenos cristianos.

La inteligencia de sus augustas funciones se elevará aún más alto. Conocen también el poder de la herencia, no solamente en el orden físico, sinó en el moral. Saben que el padre trasmite á sus hijos con su sangre, algo de su alma, de sus virtudes, de su fé y algunas bendiciones de Dios, según las promesas de la Escritura.

Saben cómo se forman de padres en hijos esas vigorosas razas, sanas de cuerpo y alma y esas generaciones de creyentes, para las cuales la fé no es solamente una convicción individual, sinó una herencia; no solamente la determinación de una voluntad personal, sinó la necesidad de un temperamento que la fé ha conquistado. Saben que con ella las virtudes del Evangelio vienen á ser una tradición de familia que se graban en los corazones de las razas escogidas y pasan con la sangre como sagrada herencia que se trasmite de generación en genera-

ción, enriqueciéndose de transmisión en transmisión, de suerte que los descendientes de una humanidad decaída, parecen recobrar su vigor desde el seno de sus madres.

Estos graves pensamientos y los sentimientos á que ellos inducen, se demuestran en su conducta, en su vida y en su sangre.

La suerte de toda una generación, fortificada en los padres cristianos y el poder del deber les ayuda á sobreponerse á los más terribles asaltos de las pasiones y son un maravilloso socorro en los desfallecimientos y en las tentaciones de que no están preservados ni aún los mejores.

Honor y reconocimiento á los hombres de corazón, de valor y que tienen conciencia de sus deberes.

No son estos solamente, padres de la familia ni de la patria; son verdaderos padres de la humanidad regenerada, rescatada y salvada. Los asociados de los Apóstoles, los continuadores de la misión de Cristo, los colaboradores de Dios.

Hay otros, por desgracia, que por ligereza é insuficiencia, por ambición ó interés, por egoismo ó libertinaje ó no sé que otras pasiones más, rebajan y profanan las augustas funciones y el sublime sacerdocio de la paternidad.

Hay algunos contra los cuales Bosuet se levanta gritando con indignación: «Malditas las uniones de aquellos esposos que desean permanecer estériles; no son benditos de Dios ni de los hombres». Aquí alude el Obispo de Meaux á los padres avaros, ambiciosos, egoistas, faltos de confianza en la providencia y en el porvenir; que burlando los votos de la naturaleza y turbando el orden de Dios; abdicando de la paternidad como de una carga, retienen en la nada esas nobles criaturas, esas almas, imágenes de Dios y que debieran ofrecer al cielo como el fruto de su bendición.

Hay otros que cual árboles de floresta echan al viento de todas las pasiones, la



misteriosa fuerza cuyo germen divino está en ellos.

Hay quienes profanan la vida en sí mismos, antes de comunicarla, que debilitando y desnaturalizando esta fuerza que tienen de Dios, no transmiten sinó una sangre corrompida y una vida rebajada, un alma que no tiene más que vicios.

Todos esos han roto el cetro en sus propias manos; ellos mismos se han arrancado la corona; no son pues dignos de ser llamados padres y si fuera preciso concederles tan dulce nombre, como recuerdo de pasadas grandezas, sería necesario llamarlos padres del mal, del vicio y del desenfreno; los padres de la corrupción y de la muerte, los continuadores y colaboradores de Satanás.

¡Oh grandeza y santidad sublime de la paternidad, cuyos deberes no pueden ser cumplidos, sin engendrar cuanto hay de mejor, ni desconocidos sin producir todo lo que hay de peor!

¡De los padres sin conciencia y sin virtudes libradnos, Señor! ¡A los padres de conciencia, de deber, de virtudes, de heroísmo, á los padres cristianos, bendecidlos, Señor, y multiplicadlos!

\*  
\* \*

Al deber de dar la vida se sigue el de *la educación*.

No exageramos al decir que es una obra divina: *educere* que significa educar, sacar al hombre del pecado original, en el cual está sumergido por su naturaleza, arrancándole á las tinieblas, á la esclavitud, á las impotencias, á las humillaciones, á las pasiones de su naturaleza caída, á la tiranía del demonio, para revestirle de Jesucristo, para levantarle poco á poco, aclarar, fortificar, desarrollar en él la fé, la esperanza, la caridad y la vida sobrenatural; forman-

do su espíritu y su corazón, hacerle vencedor de sus pasiones y Señor de sí mismo. Y por lo tanto, un hombre honrado, un cristiano y tal vez un santo; completar, en fin, en él la divina semejanza según la cual el hombre fué creado, conduciéndole al grado de perfección á que Dios le habia destinado y finalmente, al lugar de su eterna morada.

¡Hé aquí la educación! Esta es la obra de Jesucristo sobre la tierra, los padres son sus continuadores y ayudas, es la obra por excelencia.

¡Pero ay! qué pocos piensan en cumplir este sagrado deber. Nadie *se prepara* á tan elevada misión. Y la educación es una obra eminentemente difícil, se necesita la abnegación, sumo tacto, sabiduría, experiencia y observación.

Pocos jóvenes, piensan seriamente antes del matrimonio en prepararse á él de un modo eficaz. Preparad vuestros hijos y vues-

tras hijas, Señores, para esta delicada misión de la educación; prepáranse para ser Oficiales, Magistrados, Profesores, Industriales y sabios, se preparan para todos estos cargos, durante largos años de trabajo. Pues que los futuros padres y las futuras madres se preparen también á la más difícil de todas las tareas: la *educación*.

No se preparan y no quieren tampoco molestarse en cumplirla, desde los primeros instantes confían los niños á cuidados mercenarios; tan pronto como es posible, se desentienden, poniéndoles en pensiones ó abandonándolos sin vigilancia, á Profesores é institutrices; mientras ellos continúan la vida de placeres, la vida mundana y egoísta.

La caridad recoge y educa á los niños expósitos, dándoles en los Religiosos y Religiosas, padres heroicos y admirables. Hay niños en las familias ricas que se dicen cris-

tianas, los cuales no están tan bien tratados como aquellos, sino que se ven abandonados de sus padres y entregados á criados que con frecuencia los depravan.

Indudablemente no están los padres obligados á cortar las relaciones sociales, pero han de cumplir éstas, sin menoscabo de la educación de sus hijos. De lo contrario, sería una decadencia moral y un desprecio del más alto deber de los padres, un desórden y desgracia lamentable que conduciría á perniciosas consecuencias.

Pero supongamos un padre que comprende toda la gravedad de su deber y que está preparado á cumplirle, decidido á hacer los sacrificios necesarios, á trabajar todo el tiempo que haga falta, sería y personalmente, en la educación de sus hijos. ¿Qué deberá hacer este padre?

Todo puede reducirse á los puntos siguientes: la *corrección*, la *religión*, el *ejem-*

*plo, la preservación, la última educación y el porvenir.*

El deber de corrección, es una consecuencia inmediata de la decadencia original. El hombre no nace naturalmente bueno como lo ha pretendido Rousseau; nace malo y hasta depravado, con una voluntad inclinada al mal y con el germen de terribles pasiones; en una palabra, con lo que la Iglesia llama la concupiscencia que el bautismo al hacerlos hijos de Dios debilita y contrabalanza por medio de nuevos elementos, pero que no la extingue. Son aquellos instintos depravados, objeto continuo de la corrección y que el niño ha de aprender á combatir por sí mismo, ya que no pueda extinguirlos, y como no debe rendirse á ellos, es preciso que trabaje con empeño para refrenarles y dominarles en lo sucesivo.

La corrección, exige de los padres cuatro cualidades: perspicacia, firmeza, bondad y mútua avenencia.

Exige la corrección y *perspicacia*, por que es obra de luz y sabiduría, hay ante todo que ver claro.

Hay que ver claro sobre el fin, con ideas claras y principios sólidos, tendiendo á educar á los hijos por Dios, y no por sí mismo. Si los padres no estan ciertos y acordes, sobre lo que creen y lo que quieren ¿Cómo corregirán á sus hijos?

Hay que ver claro, respecto de esos mismos hijos. Estos entresi, no se parecen, sus indoles física y moralmente consideradas, son diferentes. Tratar á todos del mismo modo, es un error y hasta una falta; hay pues, que estudiar sus caracteres y las cualidades ó defectos de cada uno de los niños, para saber cómo hay que dirigirlos, lo que de él podrá exigirse, la medida de esfuerzo de que será capaz, lo que habrá que combatir ó desarrollar en él. Se ha dicho que la ceguedad de las madres, con relación á sus hijos, no podía compararse sinó con la de los maridos, para con sus mujeres.

Otro tanto puede asegurarse también de los padres para con sus hijos. Es profunda y casi incurable. Bien saben esto los educadores y se lamentan frecuentemente de ella: Así lo han asegurado cien veces, aún los más ilustres. Los padres defienden á sus hijos, cuando éstos se ven reprendidos por sus maestros y á éstos se les culpa de imprudentes en tales reprensiones. Muy pocos son los padres que quieren reconocer los defectos de sus hijos y saber la verdad sobre ellos.

La perspicacia arranca la verdad y desvanece las ilusiones. Este es el fruto del verdadero amor: *illuminatos oculos cordis* (1) Iluminados los ojos del corazón.

No es amar, ó lo que es peor, es amar mal, el cegarse cuando se trata de los defectos de los hijos. La corrección es una obra de luz; pide indispensablemente la perspicacia.

---

(1) Epístola á los Efesios, I, 18.



También es obra de *fuerza*, porque exige la firmeza. Y esta suele faltar con más frecuencia que la perspicacia: es más difícil querer que saber; y si los padres rehusan el saber, es porque su conciencia les condena á querer.

No queriendo con firmeza, no saben mandar ni prohibir, lo cual es de suma importancia; hay pues que hacer querer á los hijos, á los cuales miman no solamente en la primera edad, sinó más tarde y siempre les miman física y moralmente; adulando el cuerpo y el alma, la carne y el espíritu; alimentan sus pasiones, escitan su vanidad, les inciensan y adoran, ceden á todo; les acostumbran á dominar á los demás haciéndoles para el porvenir esclavos de su propia voluntad. Resultado de las concesiones llevadas hasta la más deplorable debilidad. Se ven hijos jóvenes, que llègan á ser los verdaderos señores de su casa, mandan en todo, aniquilan á los mismos padres, que por conservar una

apariencia de dignidad dicen á todo, amén.

¡Pero el hijo no quiere ni querrá obedecer!

¿Para qué sois padres, Señores, sino es para querer con sabiduría y hacer querer con autoridad? El Evangelio resume la vida de Jesús al lado de sus padres en una sola palabra: *erat subditus illis*. Hasta treinta años obedeció. Este es el ejemplo que os propone; á todas las edades, deben vuestros hijos obedeceros.

Ahora bien, no confundais la firmeza con la cólera, con la brutalidad, con la terquedad, con el capricho, con la pasión y la injusticia. La firmeza debe ser justa y paciente. Justa, para mandar, según el deber, el bien y las fuerzas del niño; debe ser elevada, sobrenatural, comedida, para enderezar las inclinaciones del niño porque son viciosas, no por lo que hacen sufrir.

La firmeza, ha de ser *paciente*, es decir, externa, dueña de sí misma, que sepa espe-

rar y no querer conseguir todo de un solo golpe.

*Firmeza justa y paciente*, nada más recomendado á los padres, por la Sagrada Escritura: *qui parcat virgæ odit filium suum*. El padre que perdona la leña, trata á su hijo como si le odiase (1).

Hay que unir la bondad para hacerse amar de los hijos. Sin ella, la primera sería odiosa y repulsiva ó tolerada como una especie de esclavitud.—Se preguntaba á un célebre maestro: ¿Cuál es vuestro secreto para ejercer tan saludable influencia sobre vuestros niños? y él contestó: Es hacerme amar antes que todo.—Es preciso hacerse amar de los niños, cogerles por el corazón y aquel corazón guardarlo siempre.

No es la bondad de concesión aquella que se define rectamente: «El arte de des-

---

(1) Proverbios, XIII, 24.

arrollar en un niño todos los defectos que ha recibido de la naturaleza, y añadirle todos los que la naturaleza se ha olvidado de infundirle» sería esto la destrucción de la firmeza y la ruina de la educación.

No debe tampoco haber por parte del padre una familiaridad demasiado franca, una bondad de compañerismo. En otro tiempo había demasiada distancia y algo de ceremonioso y seco entre el padre y el hijo: hoy reina el exceso contrario; lo que es una lástima, porque tal franqueza trae consigo, la de igualar y debilitar la potestad paternal. Los padres más sábios de la antigüedad, como Cicerón y Platón y en los tiempos modernos, ilustres campeones de la educación, han manifestado claramente que la familiaridad perjudica al respeto y á la autoridad.

Es necesario una bondad digna, fuerte, firme, sin debilidad y que no se inspire, sinó en el verdadero bien del niño; una bondad que sea como el reflejo é imagen de la

de Dios, única que merece ser llamada bondad paternal.

En fin, porque sois dos, porque al lado del padre está la madre que tiene gran parte en la educación y autoridad sobre los hijos, es muy esencial que haya *mútua inteligencia*. Esto es muy raro sin embargo; los padres se reprenden y disputan delante de los hijos y el niño que no resiste á la tentación de juzgar todo aquello que presencian sus ojos, testigo de las desaveniencias mútuas, llegan aun á su inexperta conciencia haciendo que para él mismo se rebaje la autoridad de sus padres. Haced, padres de familia, vuestras respectivas observaciones en particular, jamás delante de los hijos. No aminoreis vuestra propia autoridad, no dejeis ver ante ellos, sinó una unión constante y una perfecta armonía: esta es condición indispensable para mantener la autoridad intacta, inviolable y sagrada.

Con la buena inteligencia de ideas, la bondad, la firmeza y la perspicacia, se hará la obra de la corrección; con una condición, sin embargo, y es, que todo sea inspirado por la religión y por ella elevado y vivificado. Sin la religión, no hay educación posible, los menos religiosos lo confiesan cuando quieren ser sinceros; es decir, cuando no obran como sectarios, sinó como padres que anhelan el bien de sus propios hijos, Diderot, enseñaba él mismo la lección de catecismo á su hija y respondía á una persona que se asombraba de esto:

«No se ha encontrado todavía mejor medio de educación».—Littre permitía á su mujer que hiciese cristianamente la educación de su hija, en condición de que él se encargaría de ella según su método, cuando tuviese diez y seis años. Y cuando hubo llegado á ésta edad, el corazón del padre, aunque todavía apegado al positivismo, fué más fuerte y perspicaz que todas las teorías y no se atrevió á tocar la obra de su mujer

que había hecho de la jóven una hija modelo.

¡Cuántos padres hoy, son impíos por interés, por espíritu de secta y por ambición y colocan rectamente ó colocarían si tuviesen valor, sus hijas en Conventos de religiosas y sus hijos en colegios de religiosos y es que el corazón de un padre, á menos de estar desnaturalizado, es un santuario sagrado en el que residen á pesar de todos los extravíos como en inviolable asilo la verdad, la sinceridad, la inteligencia de todo lo grande, santo, justo y bueno, cuando se trata del interés de sus hijos.

En la más tierna edad, es cuando ha de grabarse fuertemente la religión en el alma del niño; las primeras nociones, los primeros sentimientos que recibe, son los más tenaces, los más indestructibles, imprimiéndose sobre su alma completamente virginal las ideas, con tal fuerza que nada puede borrarlas.

Tal vez las pasiones y errores turbarán la superficie, pero si la religión ha sido desde su infancia el objeto de su culto, permanecerá en su alma como roca inespugnable.

Desde el primer despertar de la razón, hablad al niño el lenguaje de la religión y de la fé; infundidle las grandes ideas que forman al hombre y al cristiano. En lugar de atemorizarle con vaciedades ó ridiculas amenazas, decidles que Dios les vé, que Jesucristo ha muerto por su salvación. Habladles del juicio final, de Dios, del Cielo, del Infierno y del Purgatorio.

Inculcadles profundamente el amor al deber, á la Iglesia, á la Patria, á la Santísima Virgen María y á Dios, procurad que hagan sus oraciones con recogimiento y seriedad y cuando oren ante los extraños no hagan alarde de lo que saben hacer.

Formadles en la piedad contándoles la vida de Jesús cuya infancia debe ser su modelo.



Llevaldes pronto á las explicaciones del catecismo donde con la instrucción á su alcance, encontrarán exhortaciones cristianas. Los padres no tienen mejores auxiliares en la obra de la educación moral de sus hijos que el sacerdote. El Sacerdote no puede pasarse sin ellos; pero tampoco ellos sin el sacerdote.

Que la primera confesión sea para el niño grave negocio; un acto que no olvide jamás.

Que reciba su primera comunión con toda la preparación necesaria y que esté rodeada de las medidas suficientes para que resulte el punto central y como el eje de toda su vida.

Que entre los doce, veinte y veinticinco años, en cuanto de vosotros dependa, sea el estudio de la religión el que ocupe el primer puesto en sus pensamientos; porque si una educación religiosa no asegura siempre el triunfo de la moral, una educación sin religión asegura una derrota sin remedio.

Dadles una educación sólida y profundamente arraigada, escogiendo con el mayor esmero los estudios, los maestros y los libros de religión. Formad en ellos, esas conciencias inquebrantables, que no capitulan, que no obedecen sinó á Dios.

Hacedles hombres de convicciones y de fé. Las ideas y las convicciones son las que rigen el mundo: es la fé la que le elevará y transformará; pero es necesario una fé, que forme parte de nosotros mismos, que esté inculcada en la misma sangre y sea como una segunda naturaleza y esa es la obra de la educación.

La religión no penetrará en las almas de los niños, la corrección será inútil, si una y otra no se apoyan en *vuestros ejemplos*. ¿No lo comprendéis, Señores? si no practicais lo que exigís, lo exigís débilmente, sin convencer porque no habla el corazón. Vuestra hipocresía os paralizará, os cerrará los lábios y quedaréis sin autori-

dad, sin fuerza. El orador era definido por los sabios de la antigüedad, el hombre de bien, inteligente en el modo de hablar. *Vir probus, dicendi peritus*. Definición que cuadra perfectamente al buen padre: no hablará este bien si no es hombre de bien; no mandará bien si no practica él mismo lo que manda.

¿Cómo podeis escapar á la vista, oídos y perspicacia de vuestros hijos, que lo están todo observando? Si vuestras vidas hablan en contra de vuestras lecciones, las aniquilarán. El niño se acordará de los ejemplos y olvidará las lecciones. «Cuida bien dice la sabiduría, de que tu vida no sea la causa de la muerte de tu hijo. *Ad enteri fortunem autem ejus ne penas animam tuam* (1).

Por el contrario, si el ejemplo confirma vuestras lecciones, el niño se rendirá á ellas subyugado.

---

(1) Proverbios, XIX, 18.

Dad el ejemplo á vuestros hijos; Señores, que os vean orar, al menos alguna vez, cuando el niño contempla á su padre, doblando ante Dios su rodilla, comprende el mejor mérito de la oración, pareciéndole que algo de la Majestad Divina, descende sobre la frente del Padre, haciéndole amar mejor á Dios Padre que está en los cielos y al padre que le engendró, su representante en la tierra.

Es preciso que vuestros hijos, os vean asistir á la Misa, oyéndola con recogimiento y compostura, que os vean comulgar al menos en la Pascua y procurando hacerles conocer, que habeis cumplido con este sagrado precepto.

El niño que nunca vé á sus padres cumplir con los deberes religiosos, temprano ó tarde, tropezará con este escándalo paterno y pondrá á su conciencia en la tentación de seguir por el mismo camino irreligioso.

Sean esos mismos hijos, testigos diarios de vuestra paciencia, y vuestra bondad, de

vuestra humildad, de vuestra mortificación, de vuestra caridad, de vuestras buenas obras, del bien que haceis, de la paz y alegría que derramais á vuestro alrededor, por vuestros ejemplos y virtudes.

Dichosos los hijos que encuentran en sus padres el modelo de lo que deben ser ellos y á los cuales no podemos dar mejor consejo que decirles «hijos míos, imitad á vuestros padres».

Estos ejemplos os serán fáciles, Señores, si comprendéis, todo el alcance de vuestra misión y vuestros propios intereses; si entráis en el santuario de vuestro corazón paternal, para reflexionar; si antes de decidir teneis la costumbre de pedir consejo á la cuna ó al porvenir de vuestros hijos.

Pero no sois solo vosotros los que influís sobre ellos; hay quien podría destruir vuestra obra y debeis pues preservarles por la vigilancia.

Preservarlos contra los peligros de los colegios y escuelas, eligiendo escrupulosamente los establecimientos en que les coloquéis y los maestros á quienes les confiéis. Vuestra responsabilidad está gravemente comprometida, no podeis ir al azar, ni contentaros con informes vagos.

Debeis seguir al niño en la enseñanza que recibe sobre todo en las clases altas, no abduqueis jamás vuestros derechos de vigilancia é inspección.

Preservad á vuestros hijos de las conversaciones, de gentes desconocidas, de amigos y criados. Los niños oyen todo porque lo escuchan todo y una sola palabra puede derramar mortal veneno sobre su alma pura. A vosotros toca defenderlos y si vuestra vigilancia ha sido sorprendida, procurad descubrir y reparar el mal; si le vierais perturbado é inquieto, no dejéis de hacerle repetir lo que haya visto ú oído, para demostrarle el peligro que envuelva.

La lectura tiene una parte muy preponderante en la formación del espíritu, del corazón y del alma del niño; también á vosotros toca el desechar las que son malas, escogiendo las buenas, útiles y fortificantes, para hacerles aficionarse á ellas.

Preservad á vuestros hijos de la inmoralidad, de cuidados mercenarios y más tarde de las malas compañías, mucho más peligrosas aún, que las malas lecturas.

El niño en un principio se resiste á sus perversas sugerencias por una natural vergüenza, mas después se deja vencer por el respeto humano que cual horrenda tiranía, ejerce su despotismo.

Apartad pues vuestros hijos de los malos amigos, llamad á los buenos que les servirán de protección y amparo.

Preservadles de la ociosidad; si gozais de una medianía, algún día se verán obligados al trabajo y entonces, les servirá de

gran provecho la educación laboriosa que les disteis. Si sois ricos, el ocio será un gran peligro que estais obligados á conjurar conforme al texto sagrado: *desideria occidunt pigum* (1): Los malos deseos matan al perezoso.

El trabajo es la ley de la vida, tanto para los ricos como para los pobres; y no tardarán los acontecimientos en obligar á todo el mundo á trabajar. Si vuestros hijos no entran en una carrera propiamente dicha, al menos que empleen su vida sériamente; derramando el bien en su derredor; ejercitándolos en las obras de caridad y en los deberes sociales, escogiéndoles un círculo de personas distinguidas por su buena educación y sobre todo por su piedad; la experiencia enseña que esta saludable influencia, es para los jóvenes un excelente preservativo.

*La última educación* no es la menos importante. Se trata de proteger al joven con-

---

(1) Proverbios, XXI, 25.



tra los peligros y asaltos, hasta entonces desconocidos para él, de sus propias pasiones. No es éste tiempo oportuno para decir: Todo está acabado: no hay más que orar. Si, efectivamente, es preciso redoblar las oraciones; pero esto no es bastante, hay que vigilar cuidadosamente.

La autoridad deberá ser más comedida y delicada; mezclando con la dulzura la maña, el tacto y la discreción, la vigilancia y firmeza.

No hay que patrocinar el mal, diciendo: es preciso que se pase la juventud, todo el mundo hace lo mismo. No, sino por el contrario, procurad que vuestros hijos no sean como todo el mundo, es preciso que su juventud se conserve, así como su nombre y su virtud intacta para Dios, para la patria y para la familia que algún día fundará á su tiempo.

Hablad al joven de sus futuros deberes, de su familia, de sus hijos, de sus esposas.

Hay en esto un manantial de nobles sentimientos, muy poderosos y que vienen á ser maravilloso socorro para sostenerle en las luchas terribles que ha de sufrir, asegurándole la victoria. Haced vislumbrar de antemano sobre su vida, la dulce imagen de la inocente joven que será su esposa; y de esas nobles criaturas que serán su retrato. De este modo les revestireis de una maravillosa fuerza que será para él protección y preservativo.

Si cae, no desesperéis; no lo creáis todo perdido, ni le deis motivo para desanimarse. Sed buenos, perdonadle, levantadle, no le hagais perder su confianza en vosotrós y en vuestro corazón. Pero sed firmes; porque hay momentos en los que solo un padre puede salvar á su hijo: únicamente el padre tiene bastante fuerza y autoridad para ello, solo la voz de la sangre es bastante fuerte y poderosa para ser oída.

En fin, ayudad á vuestros hijos en el grave problema del porvenir, en el que ellos

mismos por sí solos no podrían resolver.

Si se trata de una vocación religiosa, probadla bien, con prudencia y sabiduría; pero no la entorpezcais. Si la vocación no viene de Dios, decaerá por sí misma ante esas sabias medidas. Si es de Dios, sería gran mal y grande falta el oponeros á ella.

Si se trata de contraer matrimonio, desviad de vosotros, la ambición, la avaricia, el egoísmo y colocaros francamente en el punto de vista del verdadero bien de vuestros hijos. Aseguraos de la moralidad y de los sentimientos religiosos; de la salud, del carácter, del género de educación, y de la familia, de la que el cielo destina para compañeros de vuestros hijos: informaos mucho que nunca será demasiado y tomad dobles precauciones cuando se trata de dar estado á vuestras hijas.

Sed desconfiados y nunca crédulos; después dejad la palabra al interesado, no

precipiteis los acontecimientos, dad tiempo á que se vean, se traten y se conozcan; no forceis jamás un corazón porque serían desastrosas las consecuencias.

Si se trata de una carrera, ayudadles también con vuestros consejos, iluminadlos; pero conducíos siempre por sendas elevadas, motivos nobles y cristianos; después dejad al joven en completa libertad.

\*  
\* \*

La Santa Escritura Señores, es de donde mejor puede deducirse la grandeza del padre y de sus deberes, las bendiciones prometidas á los que las cumplen y la desgracia de los que les abandonan. A vosotros dejo este cuidado y vereis que sobre ningún asunto encierra tan conmovedoras pala-

bras, así como no hay en el Evangelio frase tan enérgica como la que el Salvador dirige á los que hacen mal á los niños: «Aquel que escandalizare uno de estos pequeños, le sería mejor que le suspendieran una rueda de molino al cuello y que le hechasen al mar».

¡Que terrible será en el día del juicio la responsabilidad de los padres!

¡Cuántas bendiciones para los que habiendo comprendido sus deberes, les hayan cumplido, digna y valientemente; para todos aquellos que hayan sido los salvadores de sus hijos y por estos, de un sin número de generaciones!

Más al contrario ¡cuántas maldiciones no recaerán, sobre los que hollando sus sagrados deberes hubieran sido piedra de escándalos y causa de la perdición de sus hijos.

Si en nuestros días hay algún espectáculo que contriste y apene profundamente, á

los que aman la virtud y procuran la prosperidad de la religión y de la patria, es sin duda el contemplar la decadencia de la autoridad paternal! Está atacada la autoridad y los derechos de Dios, la paternidad divina. Se han exaltado los derechos del hombre y del niño, en escritos, en leyes, en discursos y de todos los modos. Un poderoso soplo de independencia, pasa sobre las nuevas generaciones.

La autoridad paternal se halla profundamente quebrantada en sus costumbres y en sus leyes; socavada por su base, destronada y desarmada. Los más grandes pensadores han dado el primer grito de alarma.

Los niños no quieren ya obedecer: quieren mandar prematuramente, se colocan por cima de sus padres y se creen superiores todos. No más autoridad, no más respetos, no más sumisión, no más familia, es el individualismo hasta el extremo, es la sociedad que se pulveriza.

¿Quién nos dará hombres, dignos de su virilidad? ¿Quién dará cristianos para que la sociedad se rehabilite? Son las familias cristianas las únicas capaces de hacer florecer la autoridad, el respeto y la obediencia.

Con razón se ha dicho: «que los hijos son la cosecha de los padres». Si no tenemos bastantes hombres, si la cosecha es escasa, si los graneros del país están exhaustos, es que nos faltan los padres cristianos. Y he aquí por qué en la tormenta que nos sacude, todos los que piensan en el porvenir, no queriendo desalentarse todos los que guardan en el corazón una invencible confianza é inmortales esperanzas se vuelven hacia los padres, para rogarles é invitarles á conocerse á sí mismos, á comprender la grandeza de sus deberes y su soberana influencia, diciéndoles: «De vosotros jefes de familia, representantes de Dios, dispensadores de la vida, guardianes de la infancia; de vosotros padres cristianos, dependen aquí en este

mundo, los bienes y los males, la virtud y el vicio, la grandeza y la decadencia, la vida y la muerte, la familia y la sociedad, los individuos, los estados y la Iglesia.





# EL APÓSTOL



# EL APÓSTOL

## DE LA OBLIGACION DE SER APÓSTOL

DEMOSTRADA POR

## LA CONDENACIÓN DEL INÚTIL

*Servum inutilem ejicite.*

Desechad al siervo inútil.

SAN MATEO, XXV, 30.

### SEÑORES:

Esta noche vamos á hacer un proceso. Se trata de un acusado que se cree inocente y se duerme en la más profunda ilusión; este es, el *siervo* inútil «*servum inutilem*» al cual vamos á conducir sucesivamente ante seis Tribunales que le condenarán sin compasión. El tribunal de Dios, del Evangelio, de la razón, de la sociedad, de la naturaleza y de sus propios intereses.

Se hace preciso señores, que primero, sentemos y sólidamente, la cuestión. Es muy necesario dar á conocer al acusado, fotografiarle con términos claros y concisos. Voy á poner el dedo sobre una llaga viva de nuestra sociedad moderna. No dudo que disgustaré á unos, y á otros complaceré; pero os ruego, Señores, que tengais presente las funciones solemnes del misionero apostólico, las cuales le dan para con sus oyentes grandes derechos. Habla pues este ministro en nombre de Dios, todo lo que dice, meditado en su divina presencia, viene de su Deífico corazón, para implantarse en el vuestro, con el fin de haceros participantes de las gracias celestiales y procurar la salvación de vuestras almas.

Siervo inútil es aquel, que divide la moral en dos partes, aceptando la una y rechazando la otra. *Declina á malo, et fac bonum* (1). Evitad el mal y haced el bien.

---

(1) Salmo, XXXVI, 27.

He aquí la moral. *Declina á malo*. Evitar el mal. A esto no llega siempre el siervo inútil; pero no deja de conocer su culpabilidad, con tan depravada conducta, sintiendo la obligación de hacerlo. *Fac bonum*. *Hacer el bien*. El inútil no admite esta obligación; pues él vé solamente un consejo, en todo aquello que es precisa obligación y deber ineludible.

Siervo inútil es aquel que se cree justificado ante Dios, con tal que evite el mal aunque no haga el bien. Para él solo hay pecado en el mal que se comete, con el pensamiento, palabra y obra; pero no es responsable ante Dios, del bien que deje de hacer, porque en su concepto no hay pecados de omisión.

Siervo inútil es aquel que como dice el Evangelio, esconde los talentos recibidos de su Señor, Dios, sin hacerlos fructificar, ó si lo hace, es únicamente para su utilidad.

Podría este perezoso, aplicarse la reflexión de Diderot, quien leyendo un capítulo de Séneca, acerca del tiempo perdido, como reflexionase sobre sus días pasados, puso esta nota marginal en el texto del Filósofo: «Nunca he leído este capítulo, sin avergonzarme, porque ésta es la historia de mi vida».

Siervo inútil es, el que habiendo recibido la inteligencia no la cultiva en provecho de los demás, sino que solamente la emplea en beneficio suyo propio, en su goce y agrado. ¡Qué bien podría hablar y escribir, en gracia de sus semejantes y enmudece y deja ociosa la pluma! Cuántas obras útiles podría hacer, qué grandes servicios prestar, qué crasos errores combatir, qué claras luces comunicar á otros espíritus con solo propagar la fé en las almas. ¡Pero ay! Por desgracia no lo hace.

Inútil es aquel que tiene fortuna y no la emplea sinó en sus placeres. Tal vez hará

algunas limosnas para que se sepa, ó para calmar su conciencia; pero no dará lo que podría y debería dar. En su mano estaba el hacer mucho bien, sustentar familias enteras, sostener ó crear obras, haciendo de su fortuna un magnífico uso. Pero no tiene bastante para sus caballos, sus perros, sus cárceles, sus viajes, sus placeres, sus reuniones, su *train* (1), de vida, los trajes de su mujer... iba á poner el plural... pero eso no constituiría solamente una vida inútil, sinó una vida muy culpable.

Siervo inútil es, todo aquél que despilfarrara su fortuna, en lugar de hacer el bello y cristiano uso que Dios manda.

Siervo inútil es, aquel que tiene tiempo y no lo emplea sinó en sus propias satisfacciones. Siempre ocupado; en invierno en su círculo, en los bailes y en los espectáculos, en la primavera en las carreras; en verano

---

(1) *Su lujo.*

en los baños de mar y en los viajes, y en otoño en las cacerías.

Siervo inútil es, aquel que profana esta cosa sagrada que se llama el tiempo, perdiéndolo en la ociosidad y el placer.

Siervo inútil es, aquel que tiene ó podría tener influencia sobre sus semejantes, alrededor suyo, en su familia, sobre su mujer, sus hijos, sus sirvientes, sobre sus parientes y amigos, en sus territorios, sobre su provincia, su país y que no la tiene, porque no quiere tomarse la molestia de ejercerla. Prefiere hacerse el enfadado contra su siglo; es más cómodo quejarse de que todo marcha mal y esperar que baje del cielo un salvador á quien pediría, si llegase á venir, con menos instancias la salvación del país que el aumento de las rentas de sus haciendas.

Siervo inútil es, aquel que pudiendo casarse, no lo hace por vivir más tranquilo: que pudiendo tener una familia, no la cons-



tituye, porque no quiere tener preocupaciones.

Siervo inútil es, aquel que no se ocupa en la educación de sus hijos y no aspira sinó á que le dejen en paz.

Aquel que no busca en su mujer, otra cosa que agrado y satisfacciones, que no la pide sinó que sea el encanto y alegría de su vida; sin ocuparse nunca en desarrollar en ella la inteligencia, la voluntad, el corazón, el alma, de elevarla y animarla al bien, á la satisfacción de sí misma, á las buenas obras y que más bien la estorbará la práctica de lo bueno, porque esto sería para él un reproche ó una molestia.

Siervo inútil es, en un sentido más elevado (1), aquel que trabaja y cuya vida está ocupada; pero que no persigue más que un fin puramente humano; que es el trabajar por solo los intereses de esta vida.

---

(1) San Mateo, VI, 22.

Siervo inútil es, aquél que hace buenas obras; pero con un pensamiento puramente filantrópico, por necesidad de actividad ó por espíritu de dominación.

Siervo inútil es, aquél que quiere llegar á una situación elevada; pero por interés propio, nó por el del país.

También lo es, aquel que impedido por la edad ó las enfermedades, se rebela y murmura de su Dios, en vez de someterse á su soberana voluntad, transformando en apostolado su forzada inacción y sus pruebas.

Todas estas vidas ocupadas, llenas por el sufrimiento, el trabajo, los negocios; que podrían ser útiles si estuvieran dirigidas hácia Dios, resultan inútiles ante El, porque faltan las intenciones sobrenaturales.

Ya lo veis: hay grados y categorías en la inutilidad de la vida. Uno puede ser inútil poco, mucho, ó por completo: de una manera ó de otra; en esto ó en aquélllo.

Que cada uno de vosotros, Señores, se examine y entre en sí mismo, para ver sobre qué recaerá la condenación que vamos á pronunciar. Si vuestra vida es totalmente inútil, trabajad por haceros otros. Si tiene vacíos, llenadlos. Si la intención no es buena, enderezadla.

Si vuestra vida es buena y útil, afirmadla más y más en el bien, comprendiendo mejor las razones que os obligan á ello y Dios quiera que saqueis de esta instrucción el fruto que os conviene y lo comuniquéis á otros que no están aquí presentes y que les es muy necesario.

Así para cada uno de vosotros, Señores, la palabra de Dios no será predicada en desierto, sino que fructificará en vuestras almas.

\*  
\* \*

La vida inútil es condenada por Dios. Lo ha sido desde su origen por la Ley del

trabajo, impuesto ya al primer hombre aun antes del pecado. Dios, dice la Escritura Santa, colocó á nuestro primer padre en el paraiso terrestre «*Para trabajar*» ut operaretur (1).

La ley del trabajo ha sido promulgada de nuevo, después del pecado. Ya obligatoria, pero aceptada de buen grado, como una expansión necesaria á la libre actividad del *hombre*, el trabajo tomó entonces un carácter nuevo, de expiación, de castigo y de reparación: *In sudore vultus tui, vesceris panem* (2). «Tu comerás el pan con el sudor de tu frente». Ninguna excepción, fué hecha ni por derecho de nacimiento, de fortuna, de superioridad intelectual ó moral. Los principes y los súbditos, los reyes y los pueblos, los amos como los sirvientes, los ricos como los pobres, los que abundan en lo supérfluo así como aquellos á quienes

---

(1) Génesis, II, 15.

(2) Génesis, III, 19.

falta lo necesario, á todos por igual alcanza la ley, porque ha sido impuesta por el Creador del universo á todo el linaje humano.

Los escritores divinamente inspirados, lo han recordado á la humanidad decaída. «El hombre nos dicen, está hecho para trabajar, como el ave para volar» (1). El que no trabaja no merece comer» (2).

Se levantan con indignación contra la pereza y fuerzan al perezoso á avergonzarse, dirigiéndoles á la hormiga para que les dé lecciones. *Vade ad formicam, o piger et disce sapientiam* (3).

No se trata únicamente del trabajo material. El trabajo de espíritu entra en esta ley y no es menos penoso: el padre Lacordaire dice, con razón, que ha de «crucificarse con su pluma». Se trata de todo tra-

---

(1) Job. V, 7.

(2) San Lucas, X, 7.

(3) Proverbios, VI, 6.

bajo que sea útil, de todo empleo del cuerpo ó del alma, para el bien y dicha de los otros; porque es la ley de Dios que condena al siervo inútil.

El siervo inútil está *condenado por el Evangelio*.

Lo está por los ejemplos de Jesucristo que ha querido trabajar con sus mismas manos durante treinta años en un humilde taller para honrar el trabajo, para mejor demostrarnos su necesidad y para tener el derecho de decirnos, como lo hizo al fin de su vida: os he dado ejemplo: *exemplum dedi vobis* (1).

Jesucristo en sus enseñanzas se ha levantado con toda energía contra los siervos inútiles.

Presenta la parábola de la higuera que plantada en un terreno fértil, pasados tres años viniendo su dueño á recoger el fruto

---

(1) San Juan, XIII, 15,

y viendo que ninguno había producido á pesar de todos los cuidados que le prodigaban, dice al cultivador de la viña: Hace tres años que vengo á recoger los frutos de esta higuera y no produce ninguno *¿Ut quid terram occupat?* (1) ¿Puede hacerse pintura más elocuente del siervo inútil? Fijémonos señores en que dice: ¿Por qué ha de ocupar un sitio que estaría mejor empleado en otro? ¿Por qué ha de disfrutar de bien alguno, cuando solo les tiene para si propio, sin redundar en el menor provecho de los demás?..... Enciéndese la ira del Salvador y dice con amenaza: *excidetur, et in ignem mittetur* (2). Será cortada y echada al fuego. Pero hay más; ¿por qué aguardar por más tiempo?, la paciencia divina está cansada, no quiere esperar, es ahora mismo cuando se ha de cortar: *succidite* (3) cortadla enseguida!

---

(1) San Lucas, XIII, 7.

(2) San Mateo, VII, 19.

(3) San Lucas, XIII, 7.

Aquel siervo que recibe de su amo un talento y le esconde en la tierra en vez de hacerle fructificar, es también asombroso retrato del siervo inútil, que ha recibido de Dios grandes dones: dones de posición y de fortuna, dones de inteligencia y corazón, dones de naturaleza y de gracia; pero todo esto lo esteriliza y sepulta en su egoísmo y en su inercia.

¿Qué hará su amo Jesucristo? Se indignará con aquel siervo inútil, le hará justos reproches, le quitará lo que le ha dado, le desechará y maldecirá con estas palabras:

*Servum inutilem ejicite in tenebras exteriores:* deseched ese siervo inútil. Y añade Jesucristo; que pedirá más al que más haya recibido: *Omni autem cui multum datum est, multum quæretur ab eo: et cui comendaverunt multum plus petent ab eo* (1).

Vosotros, á quienes Dios colma de sus favores, comprended la grandeza de vues-

---

(1) San Lucas, XII, 48.



tras obligaciones. La medida de vuestra responsabilidad es la medida de los beneficios que hayais recibido y si sois infieles, los castigos serán proporcionados á las gracias: *potentes, potenter tormenta sustinebit* (1): «Los poderosos serán poderosamente atormentados».

La vida inútil *es condenada por la razón.*

La razón nos dice que semejante vida hace injuria á Dios, porque se desprecian sus derechos.

Dios es creador y por consecuencia soberano Señor del hombre y de su vida. ¿Es necesario probar esto?

¿Cuál es para el hombre la operación análoga á la acción creadora? Es el trabajo. ¿Y qué le confiere el trabajo? El derecho de propiedad. Por que lo que el hombre ha hecho con sus manos, con su industria, con

---

(1) Sabiduría, VI, 7.

su genio, es de su propiedad, es el Señor y dueño absoluto de ello; y si el hombre puede dar el producto de su trabajo, venderle ó destruirle, con mayor razón tendrá Dios esos mismos derechos sobre su criatura; porque al fin, el hombre no ha dado sinó la forma á este objeto de su trabajo, no ha creado la primera materia, no ha operado sinó una transformación; pero Dios nos ha sacado de la nada.

Únicamente Dios se basta á sí mismo, sin ninguna violencia, sin interés y sin necesidad de nadie. Bastándose Dios á sí mismo, nos ha creado por un acto soberanamente libre y gratuito de su voluntad. Somos entera y totalmente de Dios; somos suyos, su propiedad, su obra, y Dios por derecho de creación es Soberano Señor del hombre.

Más aún: la obra salida de nuestras manos, subsiste por sí misma, al menos por un tiempo más ó menos largo según su naturaleza.

Los que han construido nuestras bellas Catedrales de la edad media murieron y sus obras subsisten siempre..... nosotros no podemos subsistir ni un solo instante sin Dios, creador de nuestro ser, es el conservador necesario y así como una piedra no puede sostenerse en el espacio sin que nuestra mano la ayude, nosotros no podemos subsistir sin ser sostenidos por Dios; *in ipso sumus* (1) dice San Pablo; vivimos en El. No podemos vivir, ni obrar sin su concurso, *in ipso vivimus et movemur*.

Como el aire que respiramos, que nos envuelve, nos penetra y regenera nuestra sangre, renueva y sostiene nuestra vida, el poder de Dios nos envuelve, nos sostiene, nos dá el ser, el movimiento y la vida. El derecho de Dios conservador de nuestro ser, no es menos absoluto que el derecho de Dios creador. Somos de Dios y le pertenecemos en todos los instantes.

---

(1) Actas de los apóstoles, XVII, 28.

No es esto aun todo. La vida sobrenatural de la gracia, la que nos ha sido dada en el bautismo, esta vida maravillosa que es la vida misma de Dios en nosotros *divinæ consortes naturæ* (1), es en realidad una segunda creación, mucho más admirable que la primera y que confiere á Dios sobre nosotros nuevos derechos, que sobrepujan á los primeros como el infinito sobrepuja á lo finito. Sobrenaturalmente mucho más que naturalmente somos de Dios, y existimos por Dios, luego pertenecemos á El. Los derechos de Dios, su soberano dominio sobre el cristiano, se aumenta en la extensión del dón que él haya recibido. ¡Cuánta liberalidad se deja ver en el dón de la vida divina!

La habíamos perdido por el pecado, Dios nos la ha devuelto. La ha devuelto á toda la humanidad por la Redención, se la dá á cada uno de nosotros por el Bautismo y por

---

(1) Epístola 2.<sup>a</sup> de San Pedro, c. 1, v. 4.—«Participantes de la divina naturaleza».

la Penitencia y la devuelve también hasta á los mismos paganos cuando siguen la luz natural de su conciencia por el Bautismo de deseo.

¿Y como se la devuelve? *Superabundavit* (1) Superabundantemente ¿Y á qué precio? ¿Es sin esfuerzo y sin sufrimiento por su parte? Podría haber sido así; porque un solo acto de reparación realizado por Jesucristo, en favor de la humanidad, hubiera bastado para rescatar millones de mundos:

Pero no lo quiso así, para hacernos apreciar más su grandeza, para conmover mas nuestro endurecido corazón, para darnos ejemplo con su pobreza, su humildad, su trabajo, su obediencia, sus sufrimientos, su muerte, su sangre y su vida, por la cual nos ha rescatado; *pretioso sanguine redemisti* (2).

Si la justicia consiste en devolver á cada uno lo que se le debe, siendo infinito lo que

---

(1) Epístola á los Romanos, V, 20.

(2) Te Deum.

debemos á Dios, puesto que su valor es infinito é infinito también el precio á que lo hemos recobrado, la justicia confiere á Dios derechos infinitos y absolutos. Esto es lo que nos dicta la razón.

Y que no diga el hombre: Yo no he pretendido nacer, podría haber quedado en la nada... objeción insensata que limitaría el poder de Dios, quitándole el derecho de crear; objeción que daría los derechos á la nada, el derecho de negarse al ser, objeción que pondría la nada en parangón con Dios. ¿No había de tener Dios el derecho de dar, el derecho de ser bueno, el derecho que vosotros teneis, de ser padres? Había de tomar Dios el permiso de la nada antes de producir el ser ¡Nó y mil veces nó, eso sería una insensatez!

Por su amor y su gran poder, crea Dios al hombre, le levanta al estado sobrenatural, le rescata y salva. Estos actos de Dios constituyen al hombre en la dependencia y en el deber al mismo tiempo que le confiere

los derechos necesarios para cumplir sus deberes y esperar su doble fin: la gloria de Dios y su propia dicha.

«El hombre es creado por Dios», dice San Ignacio, resumiendo en estas tres palabras. Para Dios, es decir para reconocer sus derechos, para someterse y para glorificarle.

Dios es nuestro soberano dueño; el Señor de nuestra inteligencia, de nuestro corazón, de nuestra voluntad, de nuestra actividad, de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Nuestra vida no es nuestra, es de Dios y debemos emplearla en El. La vida inútil es una soberana injusticia hacia Dios, porque hiere todos sus derechos. Hé aquí lo que nos dicta la razón; que condena la vida inútil.

La vida inútil está *condenada por la naturaleza*. Desde la más pequeña yerbecilla que aspira los jugos de la tierra para nutrirse de ellos, hasta los astros que voltean sobre nuestras cabezas, impulsados por las

leyes necesarias, en una admirable y perpétua armonía, todo trabaja en la naturaleza, todo grita contra el siervo inútil: trabaja tu también. Pero hé aquí consideraciones más elevadas, más apropósito y más apremiantes para las circunstancias que alcanzamos.

La vida inútil está *condenada por la misma sociedad*, á la que el siervo inútil hace grave injuria, privándola de lo que la es deudor. Habeis recibido mucho de la sociedad, Señores, la debeis por consiguiente otro tanto. La sociedad os ha adelantado el salario, no es una razón esta para que vosotros la negueis el vuestro ¿Qué seriais y qué hariais sin la sociedad? Las casas que os cobijan, los trajes que os abrigan, el pan que os sustenta, los nobles goces del arte, de la ciencia y de la literatura; las comodidades de la civilización de que disfrutais; todo á la sociedad se lo debeis. ¿No sería la más irritante de todas las injusticias si los bene-



ficiados de tantas ventajas no contribuyeran con su labor personal al bien general y á la riqueza común? Eso más que una injusticia sería un escándalo. El rico inútil resulta egoísta, orgulloso, é insolente, llega á persuadirse que hay dos razas en la humanidad, la una que está destinada á la lucha sirviendo y trabajando, sufriendo y gastándose en beneficio de los otros. La otra que está hecha para gozar, recoger y ser servida. La una cuya mano es blanca y fina, cubierta de piedras preciosas ó elegantemente enguantada, cuyo cuerpo es delicado y repugna el sufrimiento, deslizándose su vida entre perfumes, flores y placeres. La otra cuya mano es ruda y callosa y el cuerpo endurecido por el dolor y la vida consagrada á la pena y al sacrificio.

¡Oh! nó, nó, rico inútil y ciego, no hay dos razas en la humanidad, no hay más que una. Todos los hombres son hermanos y deben ayudarse, ó más bien si hubiera una preferencia en el corazón de Dios, en el cora-

zón de Aquél que nos juzgará á todos, sería para los pobres y para los trabajadores.

La vida de Aquél que debe ser nuestro modelo, del que nos ha rescatado y sálvado, ha sido una vida de labor, de pobreza y de sufrimiento.

La mano del hombre Dios que ha sido enclavado en el árbol de la cruz para romper los lazos con que aprisionaba al hombre el pecado, es la mano del trabajador de Nazaret, es la mano de un obrero.

El siervo inútil, es la piedra de escándalo, donde tropieza la sociedad y por lo mismo una amenaza para su existencia, perpétuo fermento de revoluciones y un incesante peligro de muerte.

Caminando cierto día por una de las calles más concurridas de nuestra capital, presencié cierta escena que puede probar palmaria y elocuentemente nuestro aserto.

A pocos pasos de mí, se detuvo ante la puerta de un hotel, un magnífico carruaje; una señora elegantemente vestida, bajó de

él con su hija. Del otro lado del coche pasa una joven obrera que apresura su paso llevando un paquete bajo del brazo. La pobre niña iba presurosa á entregarlo á una de sus clientas para recibir de la misma el producto de su trabajo con que había de sustentarse ella y acaso su familia. Cuando la joven obrera vé descender del coche á las lujosas damas, se detiene cerca de ellas, dirigiéndolas una mirada reflexiva llena de profunda expresión, mezclada con pena y envidia. Miraba los magníficos trajes y los soberbios caballos diciéndose sin duda á sí misma: «Con lo que importa tanta fastuosidad, mi familia y yo tendríamos para pasarlo bien largo tiempo...»

Aquí teneis, Señores, la envidia que se apodera del corazón de los pobres á la vista de la opulencia de los ricos. Y si la riqueza no se hace tolerar y legitimar por el buen uso de ella, por la abnegación y por los servicios prestados, sino que por el contrario ostenta su inutilidad como un escándalo y

una provocación, entonces embarga el ánimo de los desgraciados que carecen de todo recurso una desmesurada envidia, un odio feroz que se convierte en terribles amenazas. En vez de esta joven obrera, suponeros trabajadores de brazo vigoroso; y en lugar de uno, figuraos ciento, mil, diez mil, sin religión, sin esperanzas eternas ni temor de Dios; pero que sus sentimientos sean con arreglo á las fuerzas de su poder; poned ante ellos ricos orgullosos, egoistas, desocupados, no pensando sinó en gozar de la vida y guardar sus bienes; en una palabra, en ser siervos inútiles; el primer grito de odio y de venganza que se levantará del seno de esas masas obreras, los impulsará á todos los asaltos de la riqueza y del capital y la sociedad se ahogará en sangre.

Leed la historia, hubo un siglo en que las clases elevadas abandonaron sus funciones; útiles y desertaron de los cargos sociales para divertirse y bailar en la corte. La inutilidad estaba en su apogeo y el escándalo

era ostensible hasta en el trono. ¡Esta fué la señal! Y como la religión había sido despreciada, rebajada y destruida por los mismos que hubieran debido sostenerla y defenderla, las pasiones populares desconocieron todo freno, y sobrevino una de las crisis más terribles que registra la historia.

La vida inútil es el fermento de las más violentas revoluciones; está condenada por la sociedad de la cual es el deshonor y la ruina.

La vida inútil está señores condenada por *vuestros propios intereses* y principalmente por vuestros intereses *naturales*.

Llegará muy pronto el momento en que todo el mundo estará obligado á trabajar para vivir.

Las rentas disminuyen y aunque en otro tiempo el 5 por 100 no era raro, ahora es excepcional.

Las fortunas necesariamente han de fraccionarse en cada transmisión. Si hay

más de dos hijos y si no se encuentra en el matrimonio más de lo que se aporta, la posición disminuye; ya se está por bajo de la posición paterna. Después de algunas generaciones, las más opulentas fortunas quedarán reducidas á un modesto pasar. Llegará un día en que las jóvenes se habrán de casar sin que sus padres las puedan dotar y en este caso los maridos son los llamados á proveer á las necesidades de la casa con su trabajo. Los inútiles tendrán las manos vacías y quedarán en su aislamiento de célibes perezosos.

La vida inútil rebaja la inteligencia. El espíritu se debilita y languidece en la inacción: el perezoso vive siempre en la indigencia, dice la Santa Escritura; *omnis autem piger semper est in egestate* (1), la vida inútil rebaja el carácter. La costumbre de no hacer nada, quita el vigor á la voluntad y afloja todas las energías del alma. Incapacita

---

(1) Proverbios, XXI, 5.

para todo esfuerzo y todo sacrificio. La vida inútil rebaja el corazón porque aquel que no piensa más que en sí mismo, se hace cada vez más indiferente á todo lo que no sean las propias satisfacciones.

El más pequeño sufrimiento, un sueño agitado, una digestión mal hecha, una partida de caza, un plan que falla, un perro herido, un caballo que enferma de un pié, la menor contrariedad personal, hé aquí los disgustos del inútil. ¿Qué le importan los pobres que no tienen pan, los desgraciados que sufren el hambre y el frío, qué le importan las humillaciones de su patria, qué los peligros de la sociedad, ni las persecuciones de la iglesia?... Con tal que se encuentre con salud, que sus negocios marchen como él desea, que abunden para él los placeres y no disminuyan sus rentas? No quiere otra cosa, pues que su corazón está cerrado, endurecido y destruido.

La vida inútil rebaja al hombre, le empequeñece, degrada y deshonra. No es ya la

vida de la inteligencia y del corazón, del espíritu y del alma, es la vida del bruto.

La vida inútil es una vida fastidiosa. La vida que persigue el inútil le huye como su propia sombra, es impotente para alcanzarla.

El vacío, el lamentable vacío, se hace sentir pronto ó tarde. Y el hombre inútil no sirve para nadie, ni aún para sí mismo. No sabiendo á qué atenerse, pasa la vida en matar el tiempo, consumiéndose en estériles remordimientos, pero á cierta edad ya no se rehace la vida que ha sido malgastada y muere de fastidio.

Por fin, Señores, la vida inútil está condenada por vuestros propios intereses sobrenaturales, estos son vuestros mejores y más duraderos intereses.

Es una vida sin méritos, sin valor á los ojos de Dios y perdida para el cielo. El hombre inútil podrá haber tenido las manos llenas de dinero, llenas de laureles, llenas de placeres, pero morirá sin llevar



nada consigo, morirá con las manos vacías.

Es también una vida culpable por todas las faltas á que necesariamente arrastra como inevitable consecuencia de la inacción, «los malos deseos matan al perezoso, dice la Santa Escritura» *desideria occidunt, pigrum* (1). El hombre inútil es inactivo únicamente para el bien, es una tierra fecunda en la que viven todos los malos gérmenes y en la que el mal no tarda en multiplicarse. Está tan pronto y tan dispuesto al pecado, como opuesto á la virtud, es una presa fácil para todas las pasiones, para todos los desórdenes y para todos los vicios.

Es una vida culpable para sí mismo porque ha sido condenada por Dios y por Jesucristo: y la ociosidad, la inacción y la inutilidad son verdaderos pecados. La omisión del bien es suficiente para desagradar á Dios y cargarse con las más grandes res-

---

(1) Proverbios, XXI, 25.

ponsabilidades incurriendo en terribles castigos.

Ya conocéis la parábola del Evangelio: «Un hombre rico, vestido de púrpura y de lino tenía espléndidos banquetes. A su puerta tendido en el suelo, había un mendigo llamado Lázaro, todo cubierto de úlceras y que hubiera querido alimentarse, con las migas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba; y los perros venían á lamerle sus úlceras.

«Sucedió que murió el mendigo y fué llevado por los Angeles al seno de Abrahán. El rico murió también y fué sepultado en el infierno.

«Entonces desde sus tormentos, alzando los ojos vió á lo lejos á Abrahán y en su seno á Lázaro y exclamó: Abrahán, padre mio, tened piedad de mí y enviadme á Lázaro para que mojando su dedo en agua, refresque mi lengua, porque me siento abrasar por estas llamas.

«Abrahán le respondió: hijo mio, acuérdate de que durante la vida, tú no recibiste más que bienes y Lázaro no recibió más que males. Ahora él está consolado y tú atormentado. Entre vosotros y nosotros hay un inmenso y eterno abismo que no es posible ni á los unos ni á los otros el franquearle jamás» (1).

Habreis pensado sin duda, Señores, que se trataba del que había sido rico en bienes de este mundo, é hizo de ellos un mal uso guardándolos para él sin repartirles con los pobres y habeis pensado con razón.

Pero hay otra riqueza más que la de los bienes perecederos de este mundo y que no está menos señalada por la parábola del Evangelio, es la riqueza de la inteligencia, del corazón, de la voluntad, se trata de todos los tesoros de una naturaleza bien dotada, capaz de comprender, de amar, de sa-

---

(1) San Lucas, XVI, 20, á 26.

crificarse, de hacer conocer la verdad y amar el bien.

Hay una riqueza más noble aún, es la de los bienes sobrenaturales de la gracia y de los méritos de Jesucristo, es la riqueza de un alma que vive de la fé, de la esperanza y de la caridad, que viven de la misma vida de Dios. El rico que dá espléndidos festines, es el cristiano que se arrodilla ante la Santa mesa para alimentarse de la carne y sangre de su Dios.

Cuanto más elevada es la riqueza, más obliga; cuanto más recibís, más debeis dar á los pobres, á los desgraciados, á los hambrientos, á los incrédulos, á los pecadores, á Dios. Si no dais nada, si guardais todo para vosotros y sois inútiles, sereis el mal rico; *sepultus est in inferno* (1).

Y para que esteis más advertidos, Señores y que no podais pretestar ni ignorancia, ni buena fé, Jesucristo en su santo Evange-

---

(1) San Lucas, XVI, 22.

lio ha querido daros por adelantado la sentencia y causa formal de la condenación de los réprobos, en palabras que oirán en el último juicio.

Volviéndose hácia ellos el Soberano Juez les dirá: apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno... porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber» (1).

La sola causa que Jesucristo alega, para la condenación de los réprobos es, que no hicieron el bien, la caridad; la caridad material, sin duda, pero también la caridad espiritual, que sobrepuja á la primera, tanto como el alma sobrepuja al cuerpo y la eternidad al tiempo.

Es del hombre inútil, de quien únicamente se trata en este texto. Parece como si hubiera perdón para todos menos para él; parece como que Jesucristo en el día del Juicio final, olvidará los pecados de todos

---

(1) San Mateo, XXV, 41 á 45.

y no recordará más que los del hombre inútil.

Para quien haya ejercido la caridad material y moral en su abnegación con el prójimo, la misericordia divina será inmensa y todo parece que deberá ser perdonado: *caritas operit multitudinem peccatorum* (1). «La caridad cubre la multitud de los pecados.

Pero para el egoísta é inútil, para el que no haya vivido sinó para sí mismo, no habrá más que castigo y maldición.

Entre él y el Dios de amor y de caridad el Cristo que se inmoló por la salud de sus hermanos; no habrá nada de común; es irrevocable y para siempre: *Discedite á me maledicti, in ignem æternum* (2). Retiraos de mí malditos, é id al fuego eterno.

¡Oh siervo inútil, este es tu proceso! Estás condenado por el cielo y la tierra, por los

---

(1) Epístola de San Pablo, IV, 8.

(2) San Mateo, XXV.

hombres y por Dios, ¿qué vas á hacer? ¿Dónde te refugiarás contra la cólera celeste? *Quo a facie tuâ fugiam* (1).

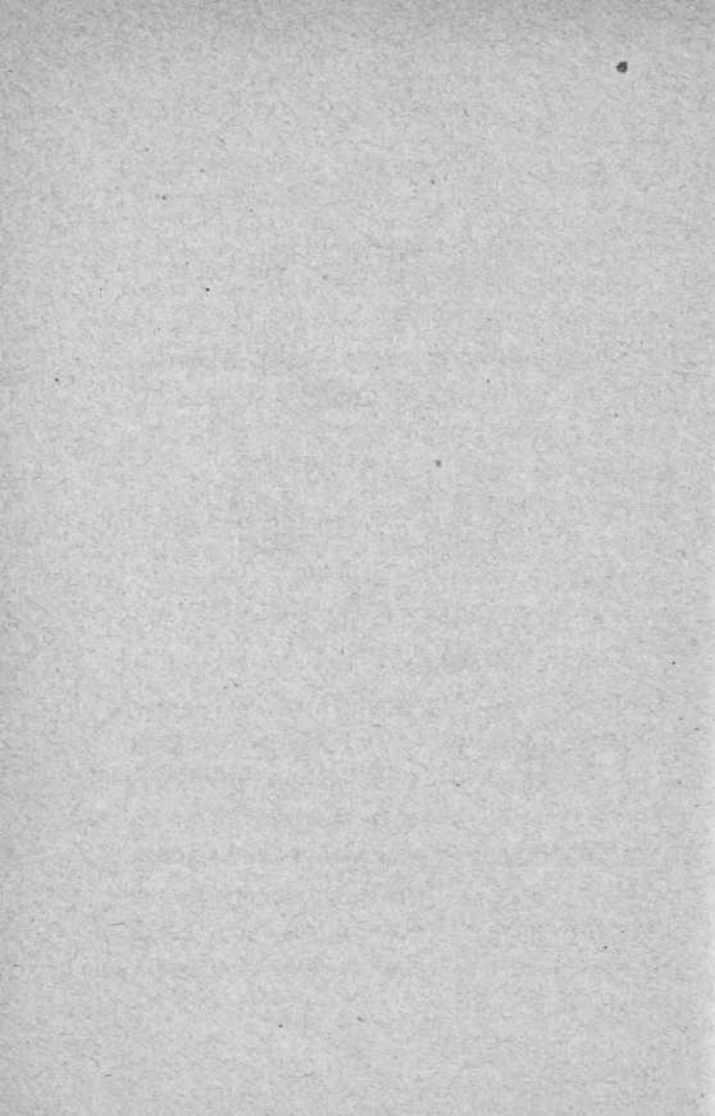
No tienes más remedio que condenarte tu á tí mismo, condenar tu vida y reformarla haciéndola tanto más útil, caritativa y abnegada, como ha sido hasta aquí baja, egoísta y estéril, á fin de que puedas merecer oír en el último día, la sentencia de eterna dicha: «Venid benditos de mi padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber..., entrad en posesión del reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (2).

---

(1) Salmo, CXXXVII, 17.

(2) San Mateo, 34 y 35.







# EL APÓSTOL

## II

### SUS DEBERES EN LA SOCIEDAD MODERNA

*Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Este es mi precepto, que os ameis los unos á los otros, como yo mismo os he amado.

(SAN JUAN, XV, 12).

#### SEÑORES:

Que un católico además de los deberes de la familia, tiene deberes para con la sociedad, la iglesia y la patria; que juntamente con los deberes de marido y de padre, tiene deberes de ciudadano y de cristiano, en una palabra deberes para consigo mismo y para con sus semejantes, esto es, deberes familiares, apostólicos y sociales, es evidente.

El católico no es según una antigua acusación renovada por Bacon, «un misántropo egoísta», que únicamente se ocupa de su salvación é intereses espirituales. Tiene también que cuidar el cuerpo y el alma de sus semejantes y especialmente de aquellos que forman parte de la misma patria. Nada de los que le concierne y les interesa deberá serle ageno; los deberes apostólicos y sociales le obligan en conciencia, esto es lo que hemos de demostrar.

Estos son los grandes deberes que reclaman las criticas circunstancias sociales. Sobre las ruinas de la sociedad antigua, se organiza una nueva sociedad. Todos los espíritus están dispuestos, todas las ambiciones se levantan; por todas partes se aprestan para una lucha encarnizada. Todos y cada uno á porfía, quiere apoderarse de la sociedad, para dirigirla y gobernarla á su antojo. Precipítanse los malos y llegan por

desgracia los primeros. ¿Quedarán pues los buenos en retaguardia con el arma del brazo? No. Jamás los buenos quedarán inactivos; de un año á otro irán multiplicándose sus esfuerzos hasta que sea llegada la hora en la cual impulsados todos por los acontecimientos, se verán precisados á trabajar. No hace mucho tiempo, era menester demostrarles la necesidad del trabajo y sacarles de su apatía, ahora se ha dado la voz de alarma con tal vigor, que no puede debilitarse.

Los hombres inútiles, los egoistas van poco á poco desapareciendo; el miedo y la vergüenza vienen despertando nobles sentimientos; esperemos que ellos forzarán á todos al bien obrar.

Predicar el apostolado, será siempre necesario para hacer abrir los ojos á los adormecidos y estimular á los buenos; pero lo que más urge en los presentes momentos es ordenar las marchas, señalar los deberes y señalar el puesto que cada combatiente

ha de ocupar. Este será el objeto sobre el cual versará la presente instrucción.

Hay, Señores, en el deber social y apostólico de los católicos, condiciones generales y permanentes, condiciones especiales y transitorias. Los primeros son los mismos preceptos del apostolado que no pueden variar y se encuentran en todos los siglos. Los segundos son aquellas formas que toman los mismos principios del apostolado para adaptarse á las exigencias y necesidades de las sociedades modernas.

Al apóstol por excelencia, al modelo perfecto de todo deber social y apostólico; á Jesucristo, es á quien pediremos los eternos principios del apostolado. *Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.* A nosotros toca determinar las aplicaciones modernas. Jesucristo se entregó por entero al deber del apostolado. Ha puesto en él, *su inteligencia, su voluntad y su actividad*; puso *su corazón, su ser y su vida*, sin omitir nada, así debemos hacerlo nosotros

también según su mandamiento *Sicut dilexi vos*. Debemos amar y entregarnos como El, tanto como El, pero debemos hacerlo según las leyes de la sociedad moderna y según conviene á nuestra época: esto es lo que ahora veremos.

\*  
\* \*

Ante todo, Jesucristo comenzó su apostolado ilustrando la humana inteligencia con su doctrina.

Este es el primer carácter de su apostolado. Se presenta como la luz del mundo, *lux mundi* (1) y para dar testimonio de la verdad, *ut testimonium perhibeam veritati* (2). Es el maestro en toda la fuerza de la palabra, según Él dice de sí mismo: «*Magister vester unus est, Christus* (3)» Los

---

(1) San Juan, VIII, 12.

(2) San Juan, XVIII, 37.

(3) San Mateo, XXIII, 10. No teneis más que un Maestro, el Cristo.

apóstoles tomaron esta señal, carácter, de su divino Maestro quien les dijo: «Enseñad» y enseñaron. Les dijo: «Dareis testimonio de mí» y dieron testimonio de su Señor; testimonio de la verdad; «Hemos visto dijeron y nuestras manos han tocado al Verbo de vida, y no podemos resistir á la necesidad de hablar». Y es porque fueron testigos de la verdad y particularmente de la Resurrección. Prueba soberana de la divinidad del Maestro. Y se esparcieron por el mundo, al cual alumbraron con la luz de la fé.

Como sus predecesores, como su maestro los modernos apóstoles deben, Señores, ilustrar la inteligencia. Deben revestir este primer carácter, testigos de la verdad, hombres de luces, de saber y de convicciones. Esta es la primera é indispensable condición del apostolado moderno.

Primero es preciso tener luces é ideas suficientes. Sin las ideas, el deseo, el esfuer-

zo y poder son nada, son la muerte. Y la primera de todas las ideas, es la de creer en la utilidad del apostolado y del deber social; es el creer que «Dios ha hecho las Naciones sanables» (1). Que se puede hacer bien, sustituyendo la vida y la salud á las teorías malsanas y mortíferas. En lugar de limitarse á gemir y lamentarse inútilmente, contentándose con solo levantar los brazos al cielo, lo que es ciertamente más cómodo, pero esto es la negación del deber y la deserción del puesto en el combate.

Después es preciso tener ideas justas y no tener un catolicismo según su modo y para sí propio, sinó el catolicismo de la Iglesia, un catolicismo preciso y completo, el solo capaz de renovar la sociedad. Actualmente, dos tendencias nos dividen: la una no espera la libertad, sinó por horror al antiguo despotismo, la otra, pone su es-

---

(1) Sabiduría, I, 14.

peranza en la autoridad, por miedo á la anarquía ó por aburrimiento de estériles agitaciones.

El problema vital de nuestra sociedad moderna es el encontrar un acuerdo entre la libertad hoy necesaria y la disciplina siempre indispensable. Y la solución está precisamente en el catolicismo, porque el sentido de aquella armonía entre la libertad y la autoridad, es el sentido del mismo catolicismo.

Es un error de los espíritus superficiales, no ver en el catolicismo sinó principios de autoridad y gobierno; puesto que deja á cada uno su libertad y vida propia junta con una prodigiosa iniciativa.

Hay gran distancia entre un Luis XIV dando una ordenanza y un Papa promulgando un dogma. El uno ordena por autoridad, el otro no hace más que aclarar y confirmar lo que existe. ¿Cuál es el dogma que antes de ser definido por la autoridad Pontificia no se halle ya creído por la universa-



lidad de los fieles? De modo que en cierto sentido, bien podemos decir sobre este particular, que la autoridad más bien sigue á las masas, que éstas sean conducidas por la autoridad. La autoridad no ha creado la conciencia católica, sino que la ha aclarado y confirmado.

Hay también gran distancia entre el soberano que moviliza una armada y un Papa que instituye una de esas órdenes religiosas que son como el ejército de la Iglesia. ¿Cuál es el origen de esas órdenes religiosas cuyo florecimiento después de diez y ocho siglos de maravilloso crecimiento ha sido fundada por la autoridad? No hay una sola, que no haya debido su nacimiento á la iniciativa privada de un San Agustín, de un San Benito, de un San Bruno, de un San Francisco de Asís, de un San Ignacio, de una Santa Teresa de Jesús, de un San Francisco de Sales, de un San Vicente de Paul y otros mil.

La autoridad se limita á consagrar, á santificar lo que ha procedido de la inicia-

tiva privada. La autoridad confirma, enmienda, conduce, aprueba, en una palabra, impide que la conciencia individual, prevalezca contra la conciencia universal. ¡Pero qué libertad, qué iniciativa, qué prodigiosa fecundidad de vida y de acción bajo la inspiración del Espíritu Santo, derramada sobre todos los miembros de la Iglesia! ¿No es pues este, el ideal de una sociedad moderna? Ora se han exaltado los derechos del individuo, ora los del Estado y estamos balanceando entre el despotismo y la anarquía.

Por el espíritu y sentido católico, se hará la conciliación, pero es menester que se reconozca el genuino sentido católico y que se tengan de él ideas justas y concretas.

Es necesario al católico que las ideas estén en él profundamente arraigadas, así como las convicciones. No hay que ser hombre de partido; pero hay que saber tomar el partido de la verdad y la justicia por Dios y manifestar también sus ideas de un modo

claro y preciso. Sólomente con esta condición, se puede tomar posesión del espíritu de los demás, sobre todo cuando se trata de dominar las masas populares.

Los despóticos, de carácter repulsivo, desdeñosos y excépticos, jamás han tenido ascendiente sobre el pueblo. El pueblo no entiende de estériles reeriminaciones, no escucha sinó á los que tienen ideas claras, un plan sencillo y positivo, á aquellos que los muestran claramente lo que han de destruir ó edificar. Las ideas que se abren camino y que triunfan, son las ideas claras, concisas, positivas y sencillas.

Sobre todo, Señores, dado el espíritu moderno, no hay que querer imponerse sinó solamente proponer y persuadir. No por la fuerza se ha de hacer la restauración de las almas, sinó por la confirmación de las inteligencias y la corrección de las costumbres. La conciencia individual debe ser iluminada, para que la conciencia nacional lo sea

también. Esto no se hará por las leyes, ni por la autoridad, aunque es cierto que la autoridad y las leyes contribuyen; sino por la persuasión y la enseñanza, como toda obra de luz y de verdad. Consiste la dignidad del hombre en no dejarse manejar como el bruto sinó en ser dirigido por los sentimientos y por la razón. Al pueblo, tampoco se le conduce como á un niño, sinó como á un adulto, y para esto es preciso ilustrar su inteligencia, hacerle comprender y demostrar la verdad para que se someta á ella.

En fin, para que el Apóstol haga prevalecer sus ideas, deben ser éstas, esencialmente desinteresadas. Jesucristo lo fué en supremo grado. Tenía el derecho de decir: «No busco mi gloria, sino la gloria de mi padre; mi doctrina no es mía, es la doctrina de Aquel que me ha enviado». No encontró su interés personal, ni ventajas humanas. En premio de su propaganda de ideas, no recibió sinó humillaciones, sufrimientos y la

muerte; ha debido su suplicio á su desinterés; pero á él también debió el triunfo de las ideas que trajo al mundo y todos sus apóstoles hicieron lo que Él.

Esto es, porque la verdad no dimana del hombre, su fuerza viene de más alto; pero es preciso que se haga sentir y el pueblo que es hoy muy desconfiado en este punto, se pregunta con frecuencia: «¿Qué interés tendrá en decir esto? ¿Qué se propondrá ganar?» Más de una vez hemos oído decir en nuestras misiones dadas á los campesinos y en nuestras visitas domiciliarias: «¿Cuánto os pagan por hacer esto?» tomándonos por mercenarios ó asalariados.

No pueden, ni quieren creer en la desinteresada propaganda de las ideas; en cambio, cuando llegan á convencerse, sienten primero admiración y después una atracción irresistible que les obliga á exclamar. Estos hombres no ganan nada por sus afanes. Todo lo hacen por Dios, por la verdad

y por la práctica del bien; son dignos de ser creídos. Así razona el pueblo.

Poned cuidado, Señores, en que vuestras ideas no vayan nunca mezcladas con interés alguno personal; que el catolicismo no sea para vosotros un medio, una máquina gubernamental é instrumento de política. Que al querer reformar la Sociedad según las ideas del Catolicismo, no sometais ese mismo catolicismo á las ideas que vosotros os hayais forjado de la sociedad. Esto sería una falta grave y peligrosa. Acordaos de Napoleón, de Pio VII y las naciones. La religión está por cima de todo. No debeis jamás postergar la religión Católica porque, desviaríais de ella un gran número de almas generosas que no sabrían representarse la religión de Jesucristo, únicamente para hacer la guardia á los intereses mundanos, los tronos ó las arcas de hierro; al sacerdote como á un agente de orden público vestido de sotana y á la Iglesia como á una servidora de los partidos.

Que vuestras ideas, no sean vuestras ideas, sinó las del Evangelio. Que vuestra doctrina, no sea vuestra doctrina sinó la de Jesucristo, no busqueis sinó el bien y la justicia, que resplandezca el desinterés en vuestras convicciones como la más esencial condición del éxito.

\*  
\* \*

La obra de Jesucristo, no fué solamente obra de inteligencia y de luz; sinó de *voluntad y de actividad*. No vino solamente á dar testimonio de la verdad, sinó *á salvar á las almas, Venit Filius hominis quærere et saluum facere quod perierat* (1). Y para tener más imperio sobre nosotros comenzó por darnos el ejemplo antes que el precepto.—*Exemplum dedi vobis* (2).

---

(1) San Lucas, XIX, 10: «El hijo del Hombre vino á buscar y salvar lo que había perecido».

(2) San Juan, XIII, 15.

Los apóstoles hicieron lo que su Maestro, acordándose de que Él fué la sal de la tierra, ellos fueron hasta las extremidades de ella, su actividad no conocia limites, se dirigieron á los gentiles, como á los judios, á los griegos, como á los romanos; trabajaron, lucharon, sufrieron y pagaron con su sangre y hubieran podido decir todos como uno de ellos: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (1).

El apóstol moderno no debe limitarse á dar testimonio de la verdad ni á ser hombre de luces, de convicciones y desinteresado, sinó hombre de acción y de voluntad, un *Salvador* en toda la extensión de la palabra y no solamente un tribuno.

Tenemos ya bastantes charlatanes, con los inquietos é inútiles vividores, que ha-

---

(1) Primera Epístola á los de Corinto, XI, 1. Sed mis imitadores, como yo soy imitador de Cristo.



ciendo estrepitosas demostraciones, en alegres reuniones, cuyo término son siempre banquetes, en los que se proclaman los principios de la libertad y en el momento del peligro no son libertades sinó de sí mismos.

Habladores son, los que se contentan con hacer gala en los círculos y salones, de declamar, de juzgar y aconsejar.

Habladores son, todos los que hablan por disculparse y justificarse de lo que ellos no ejecutan.

Habladores son aquellos jóvenes que hablan bien; pero cuyas acciones no están en armonía con sus palabras, que avergonzarían á sus antepasados, si estos volviesen al mundo; porque no quieren comprender, que no es el nombre el que honra, sinó el uso que de él se hace y que el nombre, es precisamente una obligación más; esos jóvenes que no heredan de sus mayores porque se desheredan ellos mismos, pues la sola herencia digna de este nombre es la del deber, la abnegación y la virtud.

Habladores son los hipócritas, los ambiciosos, los fariseos del siglo veinte, que no creen ni una palabra de lo que dicen; pero que hablan para ponerse á cubierto de una desleal popularidad, tejido de mentiras y falsias.

Tales habladores son los que sobran en la sociedad.

Salvadores son aquellos hombres de convicciones arraigadas y de actividad, porque su vida ostenta la práctica de sus ideas, para el bien y salvación de sus hermanos. Salvadores son, los que saben pagar con su persona y comprender que no son las instituciones las que forman al hombre, sino que el hombre hace las instituciones.

Salvadores son, aquellos jóvenes que violentándose á si mismos, salen de esa inutilidad á que tantos otros se entregan, evitan la ociosidad, las seducciones de la juventud, las distracciones fáciles y todo

esto en los momentos críticos, del trabajo, de exámenes y de una carrera que conquistar; encontrando tiempo bastante para dedicarlo á los círculos de Obreros Católicos, las reuniones apostólicas y á las obras de caridad. Salvadores son los padres de familia, que consagrados á cargos honrosos y á pesar de sus múltiples ocupaciones, dedican á los obreros, á los pobres y á los humildes algo de su tiempo, de su inteligencia, de su abnegación, hablándoles de lo que les interesa y de lo que se relaciona con sus trabajos y sus vidas.

Salvadores son también, esos instructores de la juventud, esos Hermanos de la Caridad, esos Sacerdotes y esos Religiosos que han renunciado á las dulzuras del hogar y á las alegrías de la familia, para consagrar su vida al bien y dicha de otros, educando y fortificando almas y derramando sobre los que sufren los beneficios de un interés que es inagotable, porque viene y vuelve al infinito.

Hé aquí á lo que se llama salvadores y que á Dios gracias, no nos faltan, pidámoste que los multiplique.

¿Cómo se arreglará el católico, para ser salvador? Ejercerá todas sus atribuciones, sobre los católicos y sobre los que no lo son, ó lo son de nombre solamente?

A. los católicos, les predicará la unión y sus deberes, les hará sentir lo vacío de las discusiones apasionadas y de las polémicas violentas, el daño que se hacen los unos á los otros, el mal que se ocasionan á sí mismos y el tiempo que se pierde y roba á la acción y bien del país. Se hará eco de las exhortaciones del Sumo Pontífice, en las conciliaciones de paz, unión y concordia. Dejando á un lado antiguas rencillas, palabras agresivas, irritantes y provocativas; dejando á un lado los epítetos que dividen y siembran la desconfianza, demostrará, que la unión no puede hacerse, sin separar todo lo que es personal, humano,

terrestre y por consiguiente caduco y perecedero: *in necessariis unitas* (1). Pero en la unión, lo necesario, lo divino, no es la inmovilidad y la muerte. Predicarán la vida, la marcha, el progreso, la acción eficaz en todas sus formas, con la prudencia de la serpiente; pero al mismo tiempo la sencillez, la elevación y la rapidez de la paloma (2).

A los indiferentes, á los hostiles, á los no católicos, les hablarán en toda ocasión y encuentro, en los círculos, en las escuelas, en la sociedad. ¡Cuántos errores podrán destruir! ¡cuántos prejuicios disipar, estando seriamente instruidos, teniendo el sincero deseo de enseñar y no de cuestionar! Los que atacan la religión la conocen tan poco y tan mal, que muchas veces bastaría con demostrarles la integridad de la enseñanza

---

(1) San Agustín. «En las cosas necesarias, unidad».

(2) San Mateo, X, 16.

católica, para desconcertarles, ó más bien reconciliarles, si son de buena fé.

Los católicos no han de esperar á que vengan á ellos, más bien, irán á buscar á los que se alejan; y á los que no vendrían, sin ser llamados, tales como el pueblo, los aldeanos y los obreros.

En general, el aldeano no está bien dispuesto para las teorías; es de un natural desconfiado y no comprende más allá del consejo inmediato y práctico. Es difícil entenderle si no se vive largo tiempo en el campo. Para él nada sustituye á la conversación familiar, hecha con dulzura al fuego del hogar, ó bien en medio del camino ó de sus mismos sembrados. Habladle de sus tierras, de sus haciendas y de su presupuesto; ganad su confianza por medio de conversaciones privadas y entonces podreis abordar, hasta los más elevados asuntos.

Los obreros rurales, son más aptos para comprender las teorías y los razonamien-

tos; su capacidad está más despejada y tienen sobre los paisanos vecinos suyos, una constante influencia. Por ellos triunfan la mayor parte de las elecciones y puede muy bien propagarse un apostolado con su ayuda, como podrían por medio de ellas hacerse utilísimas las conferencias bien organizadas que renovarían por completo los espíritus rurales, y vendrían gustosísimos á las misiones, á las que también asistirían los obreros de las poblaciones. Pero con estos, hay que guardarse bien de no imponerles las ideas.

Ellos son propensos á la discusión, á la crítica y al libre exámen. Hay que servirse de esos mismos defectos, criticando aquello que se pretende destruir y procediendo por una vía explorativa y como queriendo descubrir aquello que quiere establecerse.

Las conferencias-diálogo, obtienen entre ellos el mayor éxito y precisamente por esta misma razón. Cuántas veces les hemos oído decir: «Eso es lo que me ha convertido»,

Pero todas vuestras conferencias y conversaciones, serán inútiles, si vosotros no os aplicais esos mismos principios, si vuestra vida no es la confirmación de vuestras palabras y de vuestras acciones sociales. Lo que el desinterés en la idea, esto mismo es el ejemplo en la acción. El primero hace aceptar la idea, el segundo da á la acción una invencible fuerza, así como lo contrario, produce la negación y la destrucción.

Sed arreglados en vuestras costumbres, casáos y casad á vuestros hijos y vuestras hijas cristianamente, no os hagais cazadores de dotes, no temais tener hijos, edificad á vuestros sirvientes con vuestras palabras y vuestros íntimos ejemplos. Dejad el lujo ostentoso, las fiestas escandalosas; renunciad á la ociosidad insolente y provocativa; amad la vida de familia; asistid á la iglesia y á los oficios; sostened las escuelas, las obras benéficas, sin hacerlas vuestras, sinó por el contrario haciéndoos de ellas.



Esta modesta conducta, digna, desinteresada, abnegada y cristiana, dará á vuestras palabras y acciones un poder irresistible.



Comprendereis, Señores, que esto no puede hacerse sin amar. El Salvador puso en su apostolado toda la fuerza de su amor: «*Sicut dilexi vos*» Puso todo su corazón.

Su amor influyó doblemente en su apostolado. Sobre ellos para sostenerles y sobre nosotros para conquistarnos. El y sólo El nos hará capaces de tal misión. El solo, sacudirá ese fondo de indiferencia, de apatía y de egoísmo que se encuentra en todo corazón humano.

Esta es la levadura que ha de fermentar toda la masa que vencerá vuestras naturales repugnancias para trabajar en favor de

los demás. Así nos lo manda Jesucristo nuestro Señor, cuando dice: *hoc est præceptum meum ut diligatis invicem*. Y sabiendo cuán grande debe ser el amor para semejante tarea nos propone el suyo como modelo: *Sicut dilexi vos*. El amor natural y la simpatía de un hombre á otro no es suficiente. Siendo más bien la antipatía y el odio lo que reina entre ellos; ¿y los grandes, los ricos, los dichosos, no son naturalmente inclinados á gozar, á guardar, á desdeñar y á despreciar al pequeño?

Solamente el amor cristiano que contempla á Dios en su prójimo, tendrá fuerza para hacer de vosotros verdaderos apóstoles.

Solamente él será, manantial inagotable de caridad, de abnegación hacia el pueblo. Solamente el amor cristiano, sabrá conquistar los corazones y las almas.

La justicia es necesaria, es preciso reclamarla altamente: Sin adular al pueblo,

sin excitar sus codicias, sin inculcarles la rebeldía y el odio á los ricos, seamos los primeros en pedir para ellos la justicia: el Soberano Pontífice, nos ha dado el ejemplo de ello.

Pero la justicia tampoco es suficiente, ni lo sera jamás; será siempre impotente é incompieta sin la caridad, sin el amor cristiano. La justicia no haría sinó un equilibrio inestable que la menor injusticia derrumbaría. Solamente la caridad compensando por el sacrificio voluntario, las injusticias cometidas, asegurarán la estabilidad y la paz social. Solamente ella unirá los corazones, las almas y el país, poniendo arriba, el desinterés y los socorros efectivos; y abajo la resignación, el perdón y la paciencia.

¿Pero, qué género de amor deberán tener las clases elevadas para con las clases laboriosas ó menesterosas? No un amor aristocrático ni un amor de condescendencia, no un amor que se rebaje hasta ponerse al ni-

vel del pueblo, porque esto sería un exceso. El pueblo no tolera que se le humille ni desprecie, y esto, no puede recriminarse, porque si nos encontráramos nosotros en su caso, haríamos probablemente lo mismo. El pueblo, no exige que se humillen ante él, pero no sufre la insolencia ni el desdén; quiere ser tratado de igual á igual, con respeto, con amor, quiere que se le crea y se tenga confianza en él... Y este es el verdadero amor cristiano, puesto que Jesús dijo á sus Apóstoles; «No os llamaré más mis siervos, sinó mis amigos (1)». ¿No debemos amar y sentir como El? «*Sicut dilexi vos*»? Se nos pide su amor de amigo y de hermano.

El amor cristiano va más lejos. Jesús se puso á los piés de sus apóstoles, y les dijo: «Hé aquí que estoy entre vosotros como el que sirve (2)», «que aquél que quiera ser el

---

(1) San Juan, XV, 15.

(2) San Lucas, XXII, 27.

mayor, sea vuestro siervo (1)», y añadió: «Lo que hagais al menor de mis hermanos, es á mí á quien lo haceis (2)». Al ir hacia el pequeño y humilde, no crea el cristiano rebajarse, sino que por el contrario, se ensalza, porque su fé le representa al pobre sentado sobre un trono de gloria, en el cual saluda, honra, ama y sirve á Jesucristo nuestro Señor, en la persona del pobre.

Y al mismo tiempo que el cristiano considera á Dios en el pobre, hace que el pobre sienta en cierto modo, la presencia de Dios, porque se penetra de que es socorrida por Dios y que solo Dios puede inspirar tanta caridad y desinterés.

Así comprendido el amor cristiano, la caridad en su verdadero nombre, la unión del amor de Dios y del amor del prójimo hará prodigios; prodigios de apostolado y de celo,

---

(1) San Lucas, XXII. 26.

(2) San Mateo, XXV, 40.

en aquéllos que vivirán, prodigios de transformación y de conquista, sobre aquellos que sean su objeto. «Dadme un punto de apoyo y una palanca, decía un sabio y levantaré el universo». En el mundo moral, el punto de apoyo es Dios, la palanca es la caridad.

\*  
\* \*

El amor nos conducirá á la más elevada virtud del apostolado, la abnegación. Sacrificarse, es más que amar, es amar hasta los últimos límites del amor, como Jesús nos dice en el Evangelio: *In finem dilexit* (1).

Abnegarse, es más que dar su inteligencia, su actividad, su corazón, es *darse* sin reserva alguna, es darse *á sí mismo*, todo y por completo, es decir, *su cuerpo y su alma*, su *ser y vida*.

Así se dió Jesucristo, así se hizo nuestro Redentor.

---

(1) San Juan, XIII, 1.

«Nadie tiene un amor tan grande como aquel que da su vida por los que ama (1) y yo la doy libremente, nadie me la pide». Hé aquí el Redentor.

Toma sobre sí los pecados de los otros, se hace víctima, se inmola por ellos.

A su ejemplo, los apóstoles, se hicieron todos para todos: fueron mártires de su apostolado y redentores del mundo.

Hasta ahí debemos llegar nosotros, Señores, una media abnegación en la familia y en la sociedad no es suficiente; es preciso sacrificarse como Cristo nuestro Señor hasta el fin, sin deteneros por las oposiciones, los desdenes, los desprecios, y las contradicciones.

Del Salvador se rieron, se burlaron, le trataron de loco, de endemoniado; sus mismos apóstoles le abandonaron, le negaron, le traicionaron y cuando murió en la cruz,

---

(1) San Juan, XV, 13.

creyeron que su obra estaba para siempre perdida y destruida. Este precisamente fué, el momento de su triunfo y de su glorificación.

Sacrificaos como Jesucristo, *sicut dilexisti vos*. A su ejemplo, ofreced vuestras oraciones, vuestros sufrimientos, vuestras pruebas, vuestras fatigas, vuestra misma vida, por la salud de vuestros hermanos. Sacrificaos hasta el martirio! porque «ser mártires, exclama Ozanam, es cosa posible á todos los cristianos; es dar su vida en sacrificio, ya sea consumado de un solo golpe como holocausto, ya se cumpla lentamente consumiéndose día y noche ante el altar.

Ser mártir, es dar al cielo cuanto se ha recibido, su cuerpo, su alma toda entera», es sacrificarse fuera y dentro de la familia, con los suyos y con los contrarios, por la patria y por la humanidad.—Es darse en la humildad del mismo sacrificio, en la oración, en el deber, por el triunfo de todo lo que es justo y santo, de todo lo que es no-



ble y bueno. Es darse por el bien de los hombres y la gloria de Dios, *Sicut dilexisti vos!*

\* \* \*

No digais: eso es imposible. Hay quien lo hizo en los siglos pasados y lo hace todos los días á nuestra presencia; á los vivos no se les nombra, se les ve, se les admira y se les imita. Sacrificaos como ellos; os lo manda el mismo Jesucristo y la necesidad de los tiempos en que vivimos os hacen de ello una obligación imperiosa.

Cuando un ejército, atraviesa un país enemigo, redobla la disciplina y el valor, replegándose alrededor de su bandera los más valientes, los que se sacrifican hasta la muerte; este es el deber del soldado con el cual, asegura además del triunfo el honor de la patria!

Tal es el mundo en que vivimos Señores. Invadido por el error, el excepticismo y todas las falsas doctrinas, trastornado

por el esfuerzo de los malos; es un campo de batalla en el que vá á decidirse la victoria. No nos es permitido ni posible ser indiferentes. Agrupémonos alrededor de la Cruz! Siguiendo á Jesucristo nuestro Jefe y bajo su mirada, marchemos al combate, al combate de la inteligencia y de la verdad; al combate de la voluntad y de la actividad, al combate del ejemplo y del desinterés, al combate del amor y de la abnegación!

—Bajo su mirada hay que vencer ó morir por que se trata de la justicia y del cielo de la verdad y de la virtud.

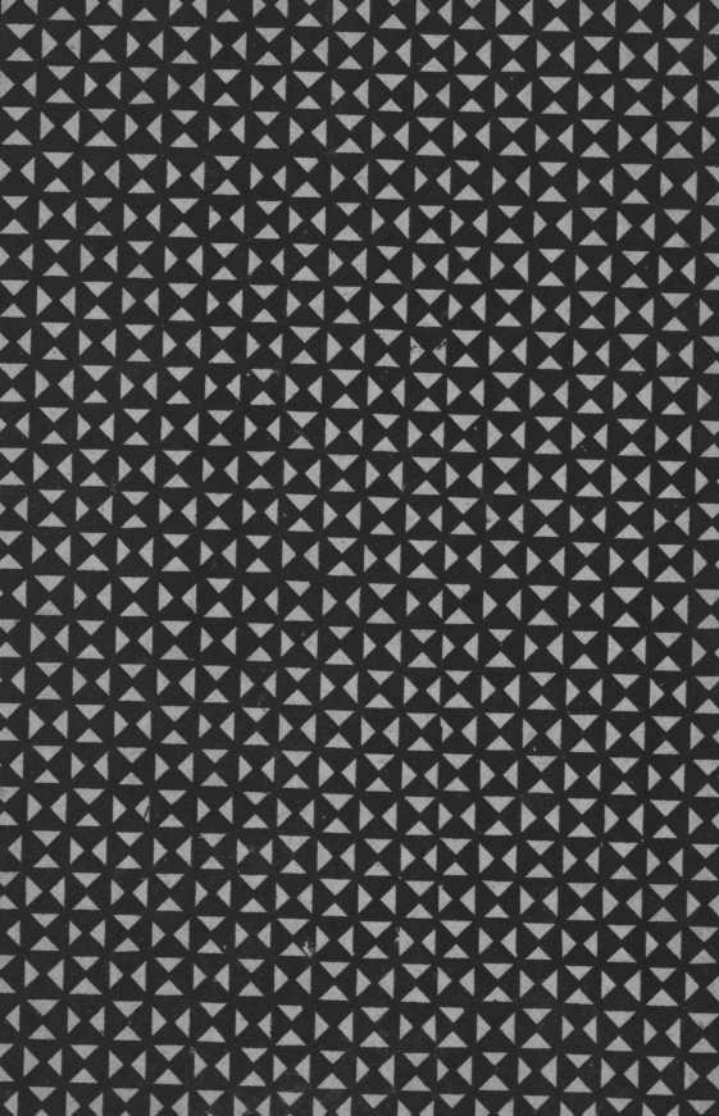
Se trata de la vida ó de la muerte, la vida ó muerte de las almas, la vida ó muerte del mundo!

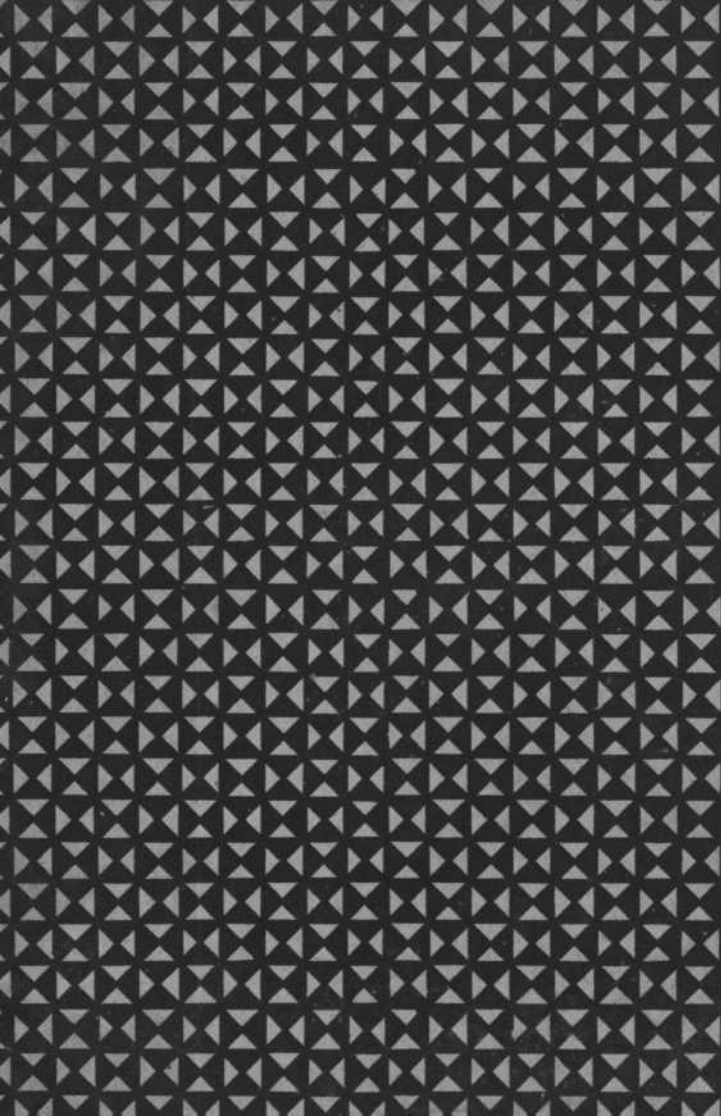
Para salvar á la patria, por la salud de las almas y por la gloria de Dios, sed pues, buenos soldados y apóstoles del deber y del sacrificio, sed los héroes y si es preciso los mártires! *Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem sicut dilexi vos. Amén.*

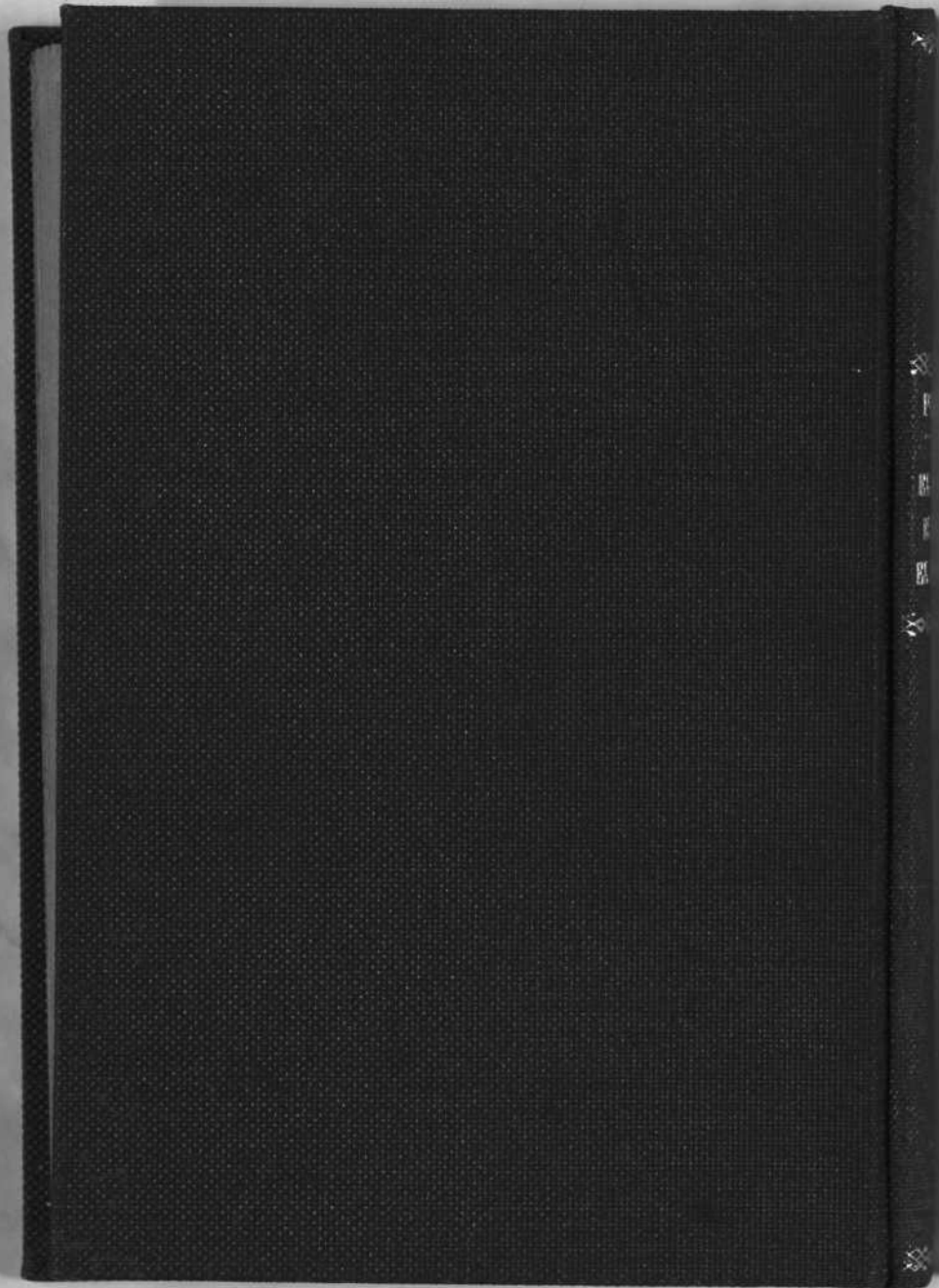


15€













# PARLAMENTI DELLA CASA REALE DI SARDEGNA NEL 1848

IN UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

IN  
UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

IN  
UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

IN  
UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

IN  
UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

IN  
UN VOLUME  
CON  
L'AVVISO  
DELLA  
CASA REALE DI  
SARDEGNA

PER  
L'ANNO  
1848

